

MISCELÁNEA.

Hoy día 15, fiesta de la insigne Santa Teresa de Jesús, y por acuerdo del Emmo. Sr. Cardenal Moreno, inaugurará sus tareas de este año el *Círculo de la Unión Católica*. El acto tiene visos de ser una brillante solemnidad. Es muy posible que acompañen al Sr. Cardenal Primado otros reverendos Prelados que se encuentran en esta corte. Durante el próximo invierno van á darse en el *Círculo* una serie de conferencias, de las que están encargados sabios y literatos tan ilustres como los señores Fernández-Guerra, Cañete, Ortí Lara, Pérez Hernández, Galindo de Vera, Lafuente, Caminero, Menéndez Pelayo, Sozano y Eulate, y otros.

La obra del P. Miguel Mir, *Harmonía entre la ciencia y la fe*, cuya historia ya conocen nuestros lectores, va alcanzando el éxito brillantísimo que era de esperar. Sin tener en cuenta el número extraordinario de ejemplares que se han despachado de la edición española, dentro de poco se publicará su traducción en lengua francesa, por la casa editorial de Víctor Palmé, en París. También, según se nos dice, desde los Estados-Unidos han pedido permiso al ilustre autor de la *Harmonía* para traducirla en inglés y publicarla en Nueva-York, en la misma serie ó biblioteca de Appletón y Compañía, donde salió á luz la obra de Draper *Conflictos entre la Religión y la ciencia*, de la cual es refutación completa y acabada el libro del P. Mir. La aceptación que ha tenido este libro, preciosísimo, y el empeño de traducirlo á lenguas extrañas, apenas publicado y conocido en su texto original, al par que atestigua su mérito é importancia, es honra singularísima rara vez alcanzada por libro alguno publicado en España. Al final del prospecto de la *Harmonía*, después de contar la historia curiosa y deplorable de este libro, el editor apelaba del fallo irregular de la Academia al juicio de los hombres de clara inteligencia, de recto sentir y de buena y no interesable voluntad. La respuesta del público no ha podido ser, ni más pronta, ni más explícita y decisiva.

LA BLASFEMIA. *La Propaganda Católica* de Palencia ha publicado el número 12 de sus *Diálogos de actualidad*. Propónese el autor de estos *Diálogos*, de los cuales se han publicado ya numerosas ediciones, hacer en el nuevo odiosos á los blasfemos, indicando además algunos medios para combatir tan escandaloso vicio.

Véndese á 2 cuartos cada ejemplar.

Agradecemos mucho al Sr. D. José Elías de Molíns la atención que ha tenido para con nosotros al remitirnos un ejemplar de su notable estudio, rotulado *El sentimiento del honor en el teatro de Calderón*, trabajo premiado con justicia en el público certamen celebrado por la Academia de Buenas Letras de Barcelona.

DE LA FUNDACIÓN

DE UNA ACADEMIA DE FILOSOFÍA ESPAÑOLA, COMO MEDIO
DE PONER ARMONÍA EN NUESTRA INSTRUCCIÓN PÚBLICA.

(Continuación.) (1)

III.

No faltará quien califique de irrealizable semejante pensamiento, y nos pregunte por esa filosofía nacional que tratamos de renovar, vaciándola en el molde moderno. El genio español—oímos de continuo—nunca ha sido apto para las especulaciones filosóficas. Por eso España apenas ofrece en toda la prolongación de su historia ninguno de aquellos metafísicos de primer orden, en quienes toman principio ó se resumen los grandes progresos, las revoluciones trascendentales de la ciencia; ninguno de esos faros gigantescos que alumbran á los ojos del historiador los misteriosos caminos seguidos por el espíritu humano en su constante aspiración al Infinito; ninguno, en fin, de esos puntos de vista, altos y despejados, desde donde podemos estudiar reflexivamente las inmensas corrientes de ideas que se han sucedido, apareciendo y desapareciendo, chocándose y repeliéndose, amalgamándose y armonizándose continuamente en el dilatado océano de los tiempos. Leed, si no, la *Historia de la literatura* del sabio alemán F. Schlegel, quien, no obstante su notoria predilección por las

(1) Véase el número anterior.

cosas de España, dice que en Filosofía no posee nuestra patria ningún grande escritor; leed la *Historia de la civilización europea*, de Guizot; las *Obras* de Larra; los *Estudios sobre España*, de Viardot; el *Manual de Historia de la Filosofía*, de García Luna; las *Prelecciones teológicas* del P. Perrone; la *Enciclopedia*, de Mellado, etc., y veréis que todos, intérpretes unos del común sentir, y otros de la convicción histórica, vienen á decir lo mismo, asentando, más ó menos explícitamente, que la Filosofía ha sido siempre planta exótica en España. ¿Cabe rehacer lo que jamás ha existido?

No hace un siglo todavía, nuestra literatura dramática era altamente despreciada: hoy la ponen sobre su cabeza esos mismos que nos niegan una gran literatura filosófica. ¿Quién sabe si, del propio modo que ellos han enmendado la plana á los críticos de la última centuria en orden al teatro español, los críticos futuros echarán por tierra sus precipitados fallos respecto á nuestra Filosofía? ¿Quién sabe si dentro de algunos años no será noticia vulgar la de que España ha producido filósofos insignes? Estamos seguros de que pronto quedarían confirmadas estas presunciones, si, imitando á los franceses, italianos y alemanes que, con tanto celo y diligencia, analizan, traducen é ilustran copiosamente hasta las más oscuras producciones de la ciencia patria respectiva, se dedicasen los españoles á trabajos análogos sobre el sin número de obras filosóficas que tenemos cubiertas de polvo en nuestras bibliotecas. Entonces nadie pondría en duda que nuestra Península ha dado el ser á algo más que ergotistas escolásticos, y que aun en los escritos de aquellos á quienes esta desfavorable calificación se aplica, hay no pocas preciosidades de erudición y de doctrina que ofrecer al mundo sabio; entonces se vería cómo todas las verdades y errores de trascendencia en la historia de la Filosofía, cómo todas sus grandes revoluciones, todos sus períodos de progreso han tenido, cuando no origen ó

complemento, digna representación entre los pensadores ibéricos. Reasumiéranla, bajo la dominación romana, Séneca, colosal personificación del pensamiento pagano, bañado por los primeros resplandores del Cristianismo, y en la era gótica, San Isidoro de Sevilla, síntesis de la antigua ciencia sagrada y profana, y prólogo de la Filosofía de los tiempos medios; en los siglos previos á la edad moderna, en aquel animado y fecundo comercio de ideas que, revolviéndose en fermentación constante, trasmigraban del Oriente al Occidente, del Norte al Mediodía, de los árabes á los judíos, de unos y otros á los cristianos y viceversa, tuvieronla Averroes, Avem-Pace y Thofail, Avicebrón, Maymonides y Aben-Hezra, Alfonso el Sabio y Raimundo Lulio, Alfonso de Madrigal y Raymundo de Sabunde; poderosos focos donde por misterioso concurso venían á reflejarse simultáneamente la Biblia y el Koran, Platón y Aristóteles, el Escolasticismo y la Kábala, poniendo de resalto todos los grandes problemas relativos á Dios, al hombre y al universo; en el siglo XVI se apoderan de ella, apareciendo en primer término, entre los sabios de Europa, ya como depuradores de la Filosofía clásica y de la escolástica, ya como precursores del baconismo y del cartesianismo, Vives y Huarte, Suárez y Mariana, Foxo Morcillo y Gómez Pereira, al par de aquellos místicos admirables que tantas y tan sublimes nociones filosóficas derramaron en sus escritos; pasa en el XVII á manos de Quevedo, Caramuel y Nieremberg; en el XVIII descuellan, conservándola dignamente, Pascual y Losada, Tosca y Piquer, Feijóo y Almeida, Zeballos y Hervas y Panduro, Monteiro y Eximeno, Forner y Castro; figuras eminentes unos y otros, en quienes se compendia la historia de nuestra Filosofía, y al rededor de las cuales se agrupan otras muchas de mayor ó menor talla, pero de alto interés también para comprender la vida íntima del pensamiento humano al través de las mudanzas de los tiempos y de las diversas civilizaciones que sucesivamente han

florecido en la Península. ¿Quién ha tomado á su cargo la patriótica empresa de dárnoslas á conocer en sus múltiples relaciones? Y luego se afirma muy gravemente: «España no es país de filósofos; la Filosofía es planta exótica en España!»

Hemos dicho arriba que aun en los libros de aquellos á quienes algunos, siguiendo los frívolos dictámenes del sensualismo enciclopedista del siglo pasado, suelen apellidar *ergotistas escolásticos*, llenos de sutilezas y abstracciones vacías, hay muchas preciosidades de erudición y de doctrina, dignas de ser conocidas y estudiadas. En efecto; nada más injusto que el medirlos á todos por el mismo rasero que á los degenerados peripatéticos que, cuando empezó á brillar el P. Feijóo, imperaban absolutos en las universidades españolas. Para probarlo, no apelaremos á la autoridad de los muchos escritores de nuestros días, tanto creyentes como racionalistas, que, imparciales, reconocen el gran valor histórico y científico del escolasticismo, y menos aun á la de aquellos alemanes é italianos que, pasando de un extremo al otro, aspiran á restaurarle en toda su integridad, como si ningún progreso real hubiese traído á la ciencia la Filosofía moderna. Citaremos únicamente lo que de él, en época nada favorable á su crédito, escribieron autores tan doctos y libres en sus opiniones como Leibnitz, Andrés y Genovessi.

«Los escolásticos, dice el primero, trataron de emplear últimamente para el Cristianismo lo que había de aceptable en la Filosofía de los paganos. Repetidas veces he afirmado: *aurum latere in stercore illo scholastico barbarico*; y desearía que se pudiese encontrar algún hombre hábil, versado en esa Filosofía irlandesa y española, que tuviese inclinación y capacidad para sacar lo que en ella hay de bueno. Estoy seguro de que su trabajo sería recompensado con muchas verdades bellas é importantes». «Aunque muchos hombres hábiles creen—habla el mismo autor—que es necesario suprimir del todo la Filosofía escolástica, y

sustituir otra en su lugar; habiendo pesado todas las razones de una y otra parte, hallo que la Filosofía de los antiguos es sólida, y que nos hemos de servir de la de los modernos, *para enriquecerla, no para destruirla*. El Abate Andrés se expresa de la manera siguiente: «Viniendo en el siglo XVI los jesuitas, declarados secuaces de Santo Tomás, pero que no abrazaron todas las sentencias que los tomistas pretendían ser sinceras y legítimas de aquel santo doctor, sino que más bien se acomodaron á las que con mucho ingenio y doctrina expuso el doctor *eximio* Suárez, se formó una nueva secta llamada de *los suaristas*, que, aunque tan reciente y moderna, emuló en breve á las otras dos mucho más antiguas, y pudo hacerse su rival en el honor escolástico. No escribió Suárez, como Escoto y Santo Tomás, comentarios y cuestiones sobre las obras de Aristóteles, y sólo compuso una *metafísica* donde se encuentran sólidas reflexiones, finas nociones y justísimas miras; pero que extendida en dos tomos en folio, da lugar á muchos inútiles raciocinios. Hubo en aquellos tiempos algunos jesuitas, que, aunque secuaces del peripato escolástico, filosofaron con algún juicio y sobriedad. Toledo nos dejó una lógica no menos juiciosa que útil; Pererio escribió *de los principios* con una elegancia, claridad y erudición, cual no se veía en los otros filósofos peripatéticos; los coimbricenses dieron los primeros comentarios eruditos y filosóficos que se vieron entre los escolásticos..... y algunos otros, aunque escolásticos, no se abandonaron á las escolásticas fruslerías». Genovessi, tan enemigo del escolasticismo como Andrés, no es por eso menos expresivo en elogiar á los escolásticos como, entre otros párrafos de sus obras, lo demuestra el que á continuación copiamos, tomado del prefacio de su *Metafísica*: «Ni en la fuerza de las razones, ni en la sublimidad de los pensamientos puedo anteponer ninguno de los autores modernos á los antiguos metafísicos, jefes de las escuelas; al compararlos, me parece que aquellos metafísicos eran hombres, y que

son mujeres la mayor parte de los nuevos filósofos.... Los escolásticos antiguos, cuanto menos cultos y agradables en su aspecto exterior, tanto más profundos son en sus meditaciones».

No omitiremos, por último, pues cuadra perfectamente á nuestro propósito, la importante noticia que Puffendorf, queriendo ridiculizar á Juan Welthen, teólogo luterano, que le impugnara en una disertación *De laudibus scholasticorum*, dirigida á todo el claustro de la universidad de Jena en cierta promoción de grados, nos dejó en su tratado *De novitatibus philosophicis*, de que tanto el orador como los demás doctores de aquella famosa escuela tenían á Santo Tomás, Suárez, Molina, Vázquez, Valencia y Sánchez por varones merecedores de inmortal renombre; *scriptores aeternitate dignissimi*.

Pero acaso ocurra la objeción siguiente:—Todas las citas, todas las consideraciones que anteceden, probarán á lo sumo que España produjo filósofos insignes; pero no que haya tenido nunca una Filosofía nacional con su carácter propio y peculiar que de las otras la distinga: sólo vemos individuos, ¿dónde están las relaciones internas y externas que hagan de todos ellos una comunidad?

No es posible, contestamos, que entre hombres nacidos y educados bajo un mismo cielo, dentro de análogas condiciones geográficas é históricas, dejase de existir, á vuelta de sus particulares diferencias y contradicciones, *perennis quædam philosophia*, que diría Leibnitz, cierta identidad de espíritu y de modo de pensar, cierto encadenamiento de ideas, tácito ó expreso, pero real y permanente, paralelo al que en la línea religiosa, política y literaria advertimos. En un sentido más estricto, ni en España, ni en Francia, ni en Alemania, ni en Italia, ni en Grecia ha habido una Filosofía que con propiedad pueda llamarse nacional, sino grupos de filósofos, escuelas varias, defensoras de sistemas diversos y aun opuestos. ¿Por qué, sin embargo, no se consideran im-

propias las locuciones, *filosofía griega, filosofía italiana, filosofía alemana, filosofía francesa?* Porque sobre todas las escuelas de cada país resplandece una cierta razón general de unidad, reflejo del carácter é historia del mismo, que enlazándolas mutuamente, les presta determinada, común fisonomía. Lo mismo se verifica en la Filosofía española.

No es menester mucha penetración para descubrir cuán firmes raíces ha echado el *Senequismo* en el espíritu nacional, extendiéndolas al través de millares de generaciones, y retoñando, como planta indígena, en todos los principales períodos de nuestra cultura intelectual. Tampoco es difícil notar cómo la *Escuela isidoriana*, acaudalada con el saber de la antigüedad, atraviesa la Edad Media, y viene, por una no interrumpida tradición, á resolverse en la Filosofía española del siglo XVI, después de haber conocido al paso la de los moros y los judíos. A la vista salta el estrecho parentesco que media entre las escuelas arábicas y las hebráicas, particularmente entre el *Averroismo* y el *Maymonismo*, esos dos grandes movimientos racionalistas correlativos, que tan profunda huella imprimieron en la enseñanza musulmica y rabínica de la Península, trascendiendo de aquí á toda la Europa cristiana, é influyendo especialmente en el *Lulismo*, resultado de la confluencia de las doctrinas escolásticas y de las orientales, el cual tuvo cátedras propias en diferentes universidades españolas y extranjeras, contando numerosos partidarios en todas las naciones de Europa. Por último, en el siglo XVI brotan, dilatándose hasta principios del presente, el *Vivismo*, el *Suarismo* y el *Huartismo*, manifestaciones brillantes del vigor intelectual de nuestra patria en aquella gloriosa era, las cuales, por un lado acrisolan y resumen la tradición filosófica de la antigüedad y de la Edad Media, y por otro, personifican, aunque de diverso modo, la tendencia constante del genio español á armonizar el elemento ontológico y el psicológico en la esfera del pensamiento.

Todas esas escuelas, cuya progresión dialéctica puede, en gran parte, determinarse fácilmente por las varias fases políticas, morales y religiosas que esta nación presenta en el curso de las edades, constituyen, juntamente con otras menos famosas ó de menos castizo origen y con las concepciones de uno ú otro pensador aislado, como, por ejemplo, Avicibrón y Gómez Pereira, la inmensa riqueza filosófica de la Península ibérica. El conjunto de ellas, uno en su variedad por el espíritu general que lo informa, cómo es una nuestra nacionalidad, no obstante la multitud de reinos en que ha estado dividida y de razas que se le han incorporado sucesivamente, es lo que llamamos *Filosofía española*, porque, aun aquellas doctrinas que recibimos de extraños climas, aun aquellas verdades y aquellos errores que nos vinieron de otros países, han tomado, y no podían menos de tomar—; hasta el Catolicismo la tomó!—forma española al penetrar en la esfera de actividad propia del ingenio español, bien como el agua se adapta á la figura del vaso en que la echamos, ó como la luz colora los objetos según la especial textura de la superficie de ellos.

IV.

Ahora bien: si queremos que la Filosofía adquiera en España, sin mengua de los grandes intereses históricos, el vigor ó influjo que, según queda asentado, debe tener, atendidos, por una parte, los principios constitutivos de la inteligencia y de lo inteligible, y por otra, el carácter, necesidades y tendencias del presente siglo, preciso se hace restaurar la *Filosofía española*, ó más bien, reanudar sus rotas tradiciones, ampliándola y perfeccionándola con arreglo á los datos de la ciencia moderna. Al efecto, juzgamos muy oportuno, si no indispensable, el establecimiento de una *Academia* especial, ya que la de *Ciencias morales y políticas* no se

creo llamada, ni lo está en realidad, á poner por obra tan ardua como patriótica empresa. La Filosofía no es ciencia moral, ni política, sino ciencia primera, de la cual se derivan todas las otras ciencias humanas, así las que estudian la naturaleza como las que investigan las leyes de la sociedad, del lenguaje, del arte y de la historia. No debe, por lo mismo, correr á cargo de ninguna de las academias que tienen por instituto cultivar estas ramas particulares del árbol enciclopédico. Requiere una academia que se ocupe de ella exclusivamente y sea como el punto central á donde converjan las demás corporaciones análogas. He ahí el objeto de la *Academia de Filosofía española*.

Para llenar ésta, una vez fundada, su vasto cometido, poniendo en conjunción la sabiduría de nuestros antepasados con la del resto de la humanidad, convendría que los *discursos de recepción* de sus individuos versasen precisamente sobre puntos de la historia de la Filosofía patria; que recopilase cuanto acerca de ésta se ha escrito y en adelante se escriba; que diese á la estampa una *Biblioteca de filósofos ibéricos*, en lengua vulgar, con introducciones biográficas y bibliográficas, juicios críticos, notas y comentarios, facilitando así la adquisición y estudio de sus obras; que abriese certámenes anuales con el objeto de premiar los libros ó monografías en que mejor se analizasen y expusiesen, bien las doctrinas de los diferentes filósofos, bien las evoluciones generales del pensamiento nacional, y finalmente, que compusiese una obra lata que, abarcando todas las partes de la Filosofía, metódicamente distribuídas y coordinadas, encerrase en cada capítulo la historia de las opiniones y sentencias emitidas, acerca de la materia respectiva, por los escritores españoles de todas las épocas y escuelas, y por los más insignes de las naciones extranjeras, antiguas y modernas.

No sería esto una erudita vanidad, ni un trabajo de puro lujo, no; pues, aun prescindiendo de su utilidad histórica, y aun con-

cediendo, lo que estamos muy lejos de conceder, que en el legado filosófico de nuestros mayores no pueda descubrirse ninguna luz desconocida, ningún olvidado germen de progreso; aun dando por supuesto que todo su saber se halle más á la mano en los libros extranjeros contemporáneos; aun así importa muchísimo abrir las fuentes patrias para beberlo en ellas, abrazándonos al alma gigante de las antiguas generaciones ibéricas y reflejándola en nuestras obras, á fin de que España recobre su personalidad intelectual entre los pueblos que conducen de frente todas las ciencias, como la ha recobrado Italia volviendo la vista á los egregios filósofos que en la antigüedad, en los tiempos medios y en el Renacimiento la ilustraron.

Coronando así la *Academia de Filosofía española* el edificio de nuestra Instrucción pública, pronto haría desaparecer de él la falta de proporción y de concierto que hoy presenta á los ojos de quien atentamente lo examina, lo mismo en su esencia que en sus accidentes, tanto en sus condiciones internas como en su exterior estructura.

Armonizando lo pasado con lo presente, y lo presente con lo eterno; poniendo en consonancia la tradición nacional con la tradición universal, una y otra con la razón, y la razón con la fe, *última razón de todo*, á la clarísima luz del *espiritualismo*, según la nativa aspiración del genio ibérico, determinaría por su sola fuerza moral, digámoslo así, un movimiento análogo en los demás grados de la enseñanza, de tal manera, que esta viniese á ser, cuanto á la doctrina, una en lo necesario, libre en lo dudoso, sana, fecunda y elevada en todo.

Proclamando y juntamente simbolizando la *unidad*, tanto lógica como real, de las ciencias, y mostrando la *ley de relación interna* á que el proceso lógico de las mismas obedece, ora las consideremos aisladas, ora en conjunto enciclopédico, mataría poco á poco el empirismo entre nosotros reinante y la consi-

guiente inestabilidad de nuestros *programas generales de estudios*, hasta lograr convertirlos en un todo armónico, ordenándolos en sí y entre sí, conforme á su naturaleza y fines respectivos, bajo principios trascendentales, fijos, inmutables.

Sometida la variedad á la unidad, establecida la armonía en la materia y en la forma y en el espíritu de los estudios, la enseñanza, en su natural radiación, comunicaría suavemente las propias perfecciones al organismo de quien es alma, y por cuyo medio se realizan en la sociedad; pues el alma, así en las instituciones como en los individuos, tira siempre á conformar el cuerpo consigo misma, adaptándole, mediante la virtud plástica innata que posee, á su particular naturaleza y destino; dado que aquel en lo que tiene de permanente—y de aquí proceden las diferencias características que entre unos y otros seres observamos—no es un simple vestido del alma, sino su figura temporal, su manifestación concreta en el espacio. A semejanza de lo que sucede, así en el mundo espiritual, como en el mundo físico, espejos perennes, bien que empañados, de las ideas divinas, vendrían, por esta manera, á eslabonarse gradualmente las diversas clases del profesorado y los varios órdenes de escuelas, subordinándose unos á otros, según su respectiva jerarquía, y dependiendo todos, á guisa de círculos concéntricos, de un centro común, en donde confluyesen y de donde á la vez dimanasen la vida y el movimiento de la Instrucción pública.

Verificado que esto sea, como la Instrucción, apoderándose de lo que hay de más íntimo en la humanidad, infunde espíritu é imprime carácter, valga la expresión, á todas las instituciones en que la vida de aquella se revela y desenvuelve, lo mismo que á todas las ciencias la Filosofía, rehaciéndolas calladamente á su imagen y semejanza—sin dificultad se concibe que el animado concierto de sus múltiples elementos ha de trascender al cuerpo social, reproduciéndose en él más perfectamente que el sello en la

cera, de tal modo que, según á más alto propósito, dice Fr. Luis de León en *Los Nombres de Cristo*, «se reduzca á unidad la muchedumbre de sus diferencias, y, quedando no mezcladas, se mezclen, y permaneciendo muchas, no lo sean, y.... extendiéndose y desplegándose delante los ojos la variedad y la diversidad, venza y reine y ponga su silla la unidad sobre todo». Entonces dejarán de ser términos antitéticos en el hecho, para convertirse en armónicos, como lo son en la idea, la Iglesia y el Estado, la autoridad y la libertad, la conservación y la reforma, girando cada cosa en su órbita propia, eslabonada con las demás, y ocupando la Instrucción pública el lugar principal que le corresponde en el Gobierno de la nación, lo mismo que á la Iglesia en el de la humanidad, cual fuente colocada en la cúspide de una pirámide, para regar desde allí por igual todos sus lados y hacerles producir flores y frutos de verdad, de bien y de hermosura. Entonces, puesta España á la cabeza de la civilización europea, realizando con el ejemplo y la doctrina, mediante el auxilio de la Providencia, lo que no pudo conseguir con la fuerza de las armas en el siglo XVI, pondrá fin al ciclo turbulento del protestantismo, renovará engrandecido el concierto de la cristiandad y abrirá al género humano la era del progreso, de la libertad, de la concordia, de la armonía, cuyo tipo supremo es Jesucristo, síntesis viviente de Dios y del Universo. Si la unión es la fuerza, la unidad es la vida, la armonía es la perfección, trasunto del orden eterno. ¡Siempre y en todas partes la armonía! ¡La armonía en todo y sobre todo!

GUMERSINDO LAVERDE RUIZ.

LOS PARÁSITOS.

ESCENAS DE LA VIDA PRÁCTICA.

(Continuacion.)

CAPITULO XVIII.

LOS PADRES.

Mientras esta escena tenia lugar en la casa solar de los Veruelas, lejos, muy lejos, rio abajo de los cuadrados y macizos torreones que reflejaban á la luz de la luna sus toscos y agrietados sillares en el manso y modestísimo Aranduela, la alegre tenería del Sr. Romualdo, el curtidor del barrio de San Lorenzo, de par en par abiertas sus ventanas, dejaba escapar por ellas, con el rumor de animadas conversaciones, ese aire de fiesta y regocijo que para el aburrido transeunte presenta siempre á las altas horas de la noche una habitacion iluminada, en cuyo interior la gente bulle, se agita ó se reune.

Romualdo Crespo era rumboso como todo hombre verdaderamente popular, pues son las dádivas y larguezas, si no indispensables auxiliares de la dominacion, por lo menos sus más acostumbrados compañeros. No pagaba el buen curtidor á su gente, pero sabia obsequiarla, y para obsequiarla á su gusto, lo hacia á su costa.

Cierto que para satisfacer á aquellos gatzates siempre secos, y como vecinos regañados siempre con el agua, no era menester acudir á refinamientos extremados. Ni habian llegado en aquella

época á Duradon, ni menos á su populoso barrio de San Lorenzo, esas tan exhaustas como dispendiosas medidas de la sed que se llaman copas, ni esos embusteros y adulterados licores, peste de los modernos merenderos y tabernas.

Corria allí tan solo como buena moneda en el comercio báquico el espeso y revuelto mosto aragonés ó navarro, bebida á un tiempo y alimento de aquellas gargantas insaciables y de aquellos pechos fornidos; y si por la ancha mesa veíanse más de dos y aun más de tres jarros valencianos de vientre redondo y delgado cuello, no era ciertamente por satisfacer los escrúpulos de los convidados, sino por la generosa impaciencia que los dominaba de acariciarlos amorosamente, sin esperarse mucho tiempo los unos á los otros.

Allí no habia tampoco brindis, acaso porque esta costumbre inglesa supone siempre un alto, á las veces enfadoso, en el continuo empinar el jarro; acaso por no ser de rúbrica en un modesto refresco, que refresco era, no obstante, el encendido color de los convidados, el que el Sr. Romualdo ofrecia aquella noche á los muñidores y partidarios de la recién ganada eleccion.

Pero ¿qué más brindis, ni discurso, ni arenga, que aquel bullir y agitarse de cabezas en torno del amo de la casa, aquel empujarse y codearse para darle la mano, y la unanimidad inexplicable en que todos caian de que cada uno particularmente habia ganado la eleccion?

Todos habian hecho algo notable ¡sí, señor!, y precisamente á ese algo se debia el triunfo (algunos le llamaban *trunfo*), que si de derecho pertenecia al Sr. Romualdo como director y jefe de su barrio, de hecho, y consideradas las cosas con un criterio puramente individual, tocaba en especial á cada uno.

—Mira tú—decia un robusto curtidor á su vecino, tabernero y albeitar, estanquero y almacenista de géneros coloniales, que era en el barrio la representacion más genuina del alto comercio—mira tú, tu tienes establecimiento, porque tienes boca, y nada más: ¿sabes tú lo que es un establecimiento de recreo artesano? Pues no lo sabes ni lo has sabido nunca, ¡velay! Si yo tuviese un establecimiento ¿sabes tú! lo primero que haria en estos dias de los votos es fiar á todo el mundo, porque al que no le fias tú, le fia el contrario ¡velay! y tu vino tiene que *dir* en estos casos por de-

lante del primero ¿estás tú? y sin vino no hay votos, ni *crutinio*, ni *sufrajo*, ni nada ¡*velay!*

—¿Te *cres* tú— decia un atezado labrador á su vecino—te *cres* tú, de que si yo no hubiera sacado al tío Roña de la cama, que decia que estaba con el *ruma*, se va él á darle el voto á Romualdo? ¡Que si quieres! Allí se estaba el hombre quieto que quieto á ver de venir, y huyendo compromisos. Con que voy y le digo:

—¡Adelante, Roña! que hoy es dia de empeño.

—Pues—dice—¿qué es eso, Valentín? ¿Dónde hemos de echarla?—*Mia* tú por donde salia el marrullas.

—¡Pues hombre, al ayuntamiento, á dar la opinion por la idea, hombre!

—¡Ya!—respondió Roñillas—¡pero si *el aquel* que dice de la idea ya no rige!

—Y digo yo: mira Roña, si eso me lo dices por insulto, soy tan hombre y más que tú: la idea es la idea, y cuando el Sr. Romualdo se pone en ello, ¡adelante con los faroles!.....—Con que el hombre se vino como un borrego.

—Pues yo—exclamaba otro labrador—he votado cinco veces, una en cada colegio.

—¡Pero hombre, quiá! si eso no puede ser, si hay *privacion* de la ley de hacerlo—le replicaba un compañero que no carecia de estudios administrativos, por sostener un pleito con un cuñado suyo, secretario de ayuntamiento.

—¿Qué ley ni qué leznas; pues hay más que irse donde están los amigos, y meter la papeleta en la *urnia*? Yo eché aquí la *mia*, y luego fui á la Plaza y eché la de mi cuñado, que me la enviaron á mí por *equivoco*; y en la Lonja eché la de mi padre, que esté en gloria, que se murió hace un mes; y en la Pescadería, la de mi hermano el tonto; y en la Diputacion, la de mi suegro, que me dejó dicho cuando se fué á segar que le votase con los contrarios; ahí están todas las cinco, como cinco soles, y nadie fué quién para decirme nada, y esto es legal, porque yo no me he comido *denguna* de ellas.

.....
.....

El Sr. Romualdo circulaba de grupo en grupo, y sin adular á ninguno, sin descender con nadie á esos fingidos y melosos ha-

lagos en que algunos hacen erradamente consistir la popularidad, á todos dejaba satisfechos, disputando con este, haciendo callar á aquel, y repartiendo entre unos y otros, á vuelta de cariños, despegos; y menos abrazos que achuchones y pellizcos. La multitud, más que mimada, quiere ser dirigida, y quien ha nacido para dominarla, debe dominarla de veras, ó entregar á otro más decidido el cetro de la dominacion.

Con gran algazara y revueltos todavía, y confundidos con el hervor del mosto y el aroma del triunfo, fueron retirándose los amigos de Romualdo, despedidos por este y por la Señora Lorenza hasta los umbrales de aquella casa hospitalaria.

Los tres candiles que en la sala grande habian iluminado el fresco se extinguian gradualmente, cumpliendo apenas con el violento compromiso que habian contraido, y dos enjutos pellejos se reian todavía burlonamente por sus descomunales y velludas bocas de la pasada que á más de una cabeza habian jugado.

La *Señá* Lorenza giraba por la sala su activa mirada de ama de casa, esa última revista que toda mujer hacendosa dirige siempre, como el general experto al ya abandonado campo de batalla para contar sus muertos y heridos y hacer la suma de las fuerzas que puede reservar para las venideras empresas; pero la Señora Lorenza, siempre alegre, decidora siempre, porque su actividad bulliciosa así lo exigia, cumplia aquella noche con inusitada morosidad, y por decirlo así, con tibieza, los deberes de su supremo ministerio.

—Tú estás triste, Lorenza—la dijo su marido, para cuyos expertos y cariñosos ojos era la fisonomía de su hermosa mujer libro siempre abierto y de fácil lectura—tú algo tienes que te preocupa, y hasta estoy por decírtelo sin que tú me lo confieses; á ti te tira la Eulalia para adentro, y despues de lo que has hecho, ó dejado de hacer, tienes tu remusguillo de que las cosas no vayan por el camino derecho.

—No es eso, Romualdo, no es eso—dijo la matrona, enjugándose con el delantal una lágrima que asomaba á sus ojos—no es eso. Es que las chicas de ahora parece que tienen más recámara que las de nuestro tiempo.

—¿Por qué lo dices?

—Será cavilacion mia, ¡pero qué sé yo! parece que la Eulalia

está alegre, y á mí se me figura que está triste; no ríe ni canta como antes; y..... ¡vamos! que yo me acuerdo de cuando tú me hacías cocos, y lo supo mi madre, y estuvo dos dias regañada con el padre, que esté en gloria, porque me pegó aquel bendito señor, con el cariño que me tenia, una paliza, porque te vió una noche hablando conmigo desde la cacera de la huerta, que yo estuve una semana saltando y bailando por la casa como una loca, por verlo ya todo arreglado, y por tener novio de veras, y porque me empezaban á hacer la ropa!..... y esta chica de mis pecados.....

—¿Qué?—preguntó Romualdo con alarmado acento.

—Lo que te digo, que parece que está y no está alegre, y que quiere y no quiere; y lo que yo digo, pues ¿qué cariño es el suyo, que no alegra y consuela y sale á la cara, como si fuese lo que debe ser, una bendicion de Dios y una señal de sus favores?

—¡Eh! tambien tú cavilas demasiado.

—¡Cavilo! ¡cavilo! Harto he cavilado, la verdad, con esa criatura, y esto puede que sea lo que me trae á mal traer, porque, Dios me perdone, creo que es ya demasiado lo que la quiero, y estas inquietudes y sobresaltos que ahora tengo, puede que sean castigo del cielo.

—¡Bah! ¡bobadas! ¿cómo ha de castigarnos Dios por querer demasiado á los hijos?—exclamó el buen curtidor, no muy seguro de lo que con tanto desenfado afirmaba, ó por lo menos suponía.

—¡Ay, sí, Romualdo! mira que la hemos mimado mucho.

—¿No es buena, no es hacendosa, no es humilde?

—Eso sí, como una violeta la pobrecilla; pero es..... vamos, muy tierna ella en su alma, y muy, muy.....

—Vamos, ¿qué? acaba.

—¡Qué sé yo!..... tiene ideas, muchas ideas, así..... ¿cómo te diré yo? muy sublimes. No es como otras muchachas, distraida, coquetuela y amiga de componerse.

—Pues mejor que mejor.

—No es eso..... ya sé yo que más vale que sea recogida, pero acaso es demasiado recogida, demasiado seria. Ya sabes tú el empeño que tenia en ser monja ó Hermana de la Caridad, y que por quitárselo de la cabeza, hija de mi alma, ¿qué íbamos á hacernos nosotros sin ella? ¡eh! por eso ha sido mi mayor empeño en casarla.

—¡Vamos, hija! y me parece que lo vas á conseguir por las trazas que lleva—dijo riéndose el Sr. Romualdo.

—Pues bien, pienso yo á veces, al ver la clase de cariño que se le ha despertado.....

—Cosa muy natural.

—Sí, pero á eso voy; digo yo que quiere á ese tunante de Juan Antonio, como si fuera así como una divinidad, con una pasión, con una.....

—¡Eh, qué demonio! así sois todas las mujeres—prorumpió el curtidor, levantándose de la silla tan bruscamente, que esta se cayó al suelo con notable sobresalto del ama de la casa.—Le cogéis á uno por las narices, le metéis á uno en todos vuestros proyectos, quieras que no quieras, y cuando ya está uno bien enfascado y comprometido hasta los tuétanos, entonces vienen las dudas y los pujos y los distingos, y las..... idos al diablo tú y todas.....

—¡Vamos, hombre! no te enfades, que no es para tanto—le dijo su mujer, tratando de calmarle—puede que todo ello no valga un pepino, y que no sean más que aprensiones mías.

—¡Sí! aprensiones, aprensiones con las que yo voy á estarme devanando los sesos toda la noche. Adios.—Y fué á buscar la puerta, sin dar á su mujer más cariñosa despedida, cuando esta, cogiéndole por detrás los brazos con fuerza casi igual á la que aquel empleaba para desasirse, y trayéndole otra vez al medio de la sala, le dijo mirándole con dulce, pero serena expresión.

—Pues mira, Romualdo, dime lo que quieras, regáñame, pégame, márame si quieres, pero perdóname, porque he estado ciega.

—Lorenza, mira bien lo que dices—exclamó su marido, alzando involuntariamente las manos.

—Sí, Romualdo, ya sabes que no te tengo miedo..... he estado ciega. Lo que te he dicho ha sido para prepararte. Juan Antonio nos ha engañado.

—¡Rayos! y Eulalia.....

—No, eso no, Romualdo..... no lo pienses, no es eso..... es una criatura..... es una santa; pero él no la quiere, él la engaña, quiere á otra, á otra de Madrid; y si aquí ha hecho ese papel, ha sido por conveniencia, y nada más:

—¡Mentira!..... ¡eso no puede ser! No hay conveniencia para el mejor que la nuestra..... sabe que somos ricos, más que él, que no tenemos más que una hija, que aquí será el amo, y sabe además que si no se casa con ella, á fe de Romualdo que le mato como á un perro.

—¡Calla, calla por Dios! Lee esa carta. No sé cómo ha venido, ni quién me la ha enviado, pero es suya..... mira su letra, mírala bien..... y es á una mujer, á una mujer á quien tutea, á quien hace cargos porque le olvida, ó..... qué sé yo.....

—¡Basta!—exclamó Romualdo—¿Eulalia ha leído esa carta?

—No..... no..... estoy segura de que no la ha visto, porque á mí me la trajo esta tarde un peon de la fábrica, que como es forastero, no pudo decirme sino que una mujer ya de edad se la habia dado en la Plaza, diciéndole que me la entregase.

—Bueno, pues dámela, que mañana se la devolveré yo á su dueño, y nos veremos las caras ese señorito y yo.

—Romualdo, ¡por la Virgen Santísima!

—No tengas cuidado, mujer, que aunque no me asustan los hombres, no me atrevo tampoco á estropearle el novio á la chica.

—¡Bendito seas, y qué bueno eres!

—Buenas noches, mujer; bien pensado, la cosa tiene todavía arreglo..... hasta mañana.—Y esta vez, sin que su mujer le detuviese, se entró en el cuarto que compartía con el oficial mayor de la fábrica.

La Señora Lorenza se dirigió á la alcoba de su hija, no sin advertir que esta apagó la luz, no bien sintió los pasos de su madre por el pasillo.

—¡Pobre hija, pobre hija mia!—pensaba la Señora Lorenza—¡qué puede hacer tu padre para remediar una cosa tan honda! Si Dios ha dispuesto que sufras, ¡qué hemos de hacer tus padres más que sufrir contigo! Si has perdido el único cariño de tu vida, ¡quién sino Dios será capaz de devolvétele!

SANTIAGO DE LINIERS.

(Se continuará.)

AVE, MARIS STELLA.

HISTORIA MONTAÑESA DEL SIGLO XVII, POR JUAN GARCÍA. —

MADRID, 1877, 8.º 497 PÁGS.

Cuestión ha sido por muchos críticos disputada si la *novela histórica* es ó no de género legitimo y admisible en los reinos del arte. Acúsala algunos de alterar á la vez el arte y la historia, turbando la armonía del primero con elementos extraños, y ofendiendo gravemente los fueros y seriedad de la segunda, con más el grave peligro de inducir á yerros de cuantía al ocioso é iliterato leyente. Con la *novela histórica*, se ha dicho, *ó la historia ó la novela padecen*. No son nuevas talés recriminaciones, ni hemos de juzgarlas simples discreteos de pedantes, pues ahí está el ilustre Manzoni, que después de haber compuesto su áureo libro de *I Promessi Sposi*, entró en escrúpulos (*literarios*, se entiende) sobre el libro y sobre el género, y escribió su opúsculo de la *novela histórica*, en que expone largamente y con su ingenio y sagacidad acostumbrados los inconvenientes de aquella forma poética, y de las que con ella tienen alguna semejanza. En lo cual es de notar que Manzoni tildaba y corregía opiniones suyas anteriores, dado que él había puesto en las nubes *el drama histórico*, estimándole poco menos que como el *summum* de la perfección literaria. Pero es condición de la humana flaqueza, aun en hombres de privilegiado entendimiento, pasar de un extremo á otro, y aun por eso se dijo que los extremos se tocaban. Extremado era, á mi juicio, el primer empeño de Manzoni, puesto que la tragedia histórica, tal como él la concebía y la desarrolló en su *Adelchi*, está

irremediabilmente expuesta á convertirse en crónica dialogada, con grave detrimento del interés y del placer estético, y quizá de la *unidad de impresión* en más de un caso. Pero no menos extremada es la segunda teoría, que pretende cerrar al arte una inagotable fuente de conceptos y de emociones, amenguando por tal modo sus fueros y cercenando sus legítimos recursos.

En esta cuestión, como en otras muchas, aunque no en todas, la verdad está en un medio. Para los grandes hechos históricos no hay como la historia: la fábula sirve sólo para oscurecer su grandeza. El único medio artístico de celebrarlos con dignidad es la efusión lírica. Pero ni la historia se compone tan sólo de peregrinos y encumbrados acaecimientos, ni sabe ni dice todo lo que puede decirse y saberse de ciertos períodos, hombres y razas, que por no haber influido eficazmente en el mundo, ó porque de sus hechos no queda bastante memoria en papeles y libros, permanecen olvidados y silenciosos, aguardando el son de la trompeta que los levante del sepulcro. Y entonces llega el arte, que entre sus maravillosas excelencias tiene la de suplir con intuición potente las ignorancias de la ciencia, los olvidos y desdenes de la historia, y resucita hombres y pueblos y épocas, nos hace penetrar hasta lo íntimo de la organización social, y danos á conocer no sólo la vida pública y ruidosa, sino la familiar y doméstica de las generaciones que nos precedieron *in hac lacrymarum valle*. Que tal oficio está expuesto á quiebras, en modo tal, que si esas generaciones despertasen, quizá no conocieran su propio retrato, puede ser cierto; pero cuando faltan modos de averiguarlo, importa poco, si el novelista lo es de veras, que haya sustituido la realidad histórica pobre y prosáica con otra realidad poética, dulce y halagadora, que en medio de todo es tan *real* como cualquiera otra de la vida. Pero ni aun ese cargo puede hacerse á los poetas-eruditos, que antes de escribir novelas se han internado en el laberinto de las pasadas edades con el hilo de la crítica y han *reconstruido*, no simplemente *adivinado*, la historia, fundándola, antes que en vagas imaginaciones, en porfiada y diligente labor sobre antiguos documentos, sin desdeñar tradiciones y costumbres donde la historia vive vida tan persistente y tenaz como en los relatos de los cronistas. Tal hizo más de una vez Walter Scott: tal realizó con suma conciencia Manzoni para restaurar

aquella Lombardía semiespañola del siglo XVII, y tal acaba de hacer, por lo que toca á nuestra Montaña de la misma centuria, el ilustre y admirable escritor, conterráneo nuestro, cuyo nombre de batalla es *Juan García*.

¡Qué libro el suyo! Tómele el lector y comience á saborearle desde el título, que es ya delicadísimo, como que trae á la memoria el dulce himno de San Bernardo, recuerdo oportuno para encabezar un libro de cristianos consuelos y de sanas moralidades, y prosiga leyendo, seguro de no aflojar ni descaecer un punto en la lectura hasta haberle dado término y remate. El libro es *historia*, é historia montañesa, rica de verdad externa y en más de un punto nueva; rica de aquella otra verdad más íntima y profunda, que la novela busca y persigue. Porque en *Ave, Maris Stella*, renacen á nueva y más luminosa vida nuestros mayores, enaltecidos y transfigurados por una fantasía brillante y poderosa, y toman por primera vez puesto en el arte con sus cualidades buenas y malas, con sus virtudes y con sus vicios, surgiendo á una hidalgos y labriegos, frailes y soldados, damas y campesinas, y no convencionales ni arbitrarios, sino marcados con hondo sello de personalidad y de vida.

No voy á hacer la exposición ni el análisis de su argumento. Hágalos el lector por mí, puesto que estas líneas no van á prevenirle el gusto, sino á ponerle el libro en las manos. Baste decir que la fábula es sencilla, como en toda composición pura y de buena ley literaria, y que el desarrollo y enlace de los incidentes se distingue por lo natural y reposado, si exceptuamos una parte de los últimos capítulos en que (desearía equivocarme) me parece que la acción va un poco de prisa y se corta con alguna violencia. ¿Por qué viene tan de improviso aquella riada á quitar el gusto que íbamos tomando en los sabrosos amores de D. Alvaro y de Doña Mencía? ¿Por qué al vindicativo catalán ha de llevarle tan pronto su mala suerte á caer al mar desde tajada peña? En el teatro, como en la novela, prefiero á los desenlaces rápidos y traídos por causas fortuitas y extrañas, que más parecen cortar que desatar, los que nacen *ex visceribus rei* y como consecuencia legítima de los altos y bajos de las pasiones que andan en liza. Ya ve el lector cuán grande es mi imparcialidad, y mejor diré, mi atrevimiento, pues tan sin consideración noto y censuro lo que

quizá no sea defecto, en una obra de primer orden que pasará á los venideros entre las pocas joyas de la literatura actual, y que hoy mismo ha de arrancar incondicional aplauso á cuantos en España sienten, piensan y leen.

¿Y quién se ha de acordar de ese lunarillo, si lunar es, cuando de esos capítulos pase al último, y contemple el verdadero desenlace en la cristiana y resignada muerte de aquel desalmado solariego, Caín de sus hermanos, amansado ya y traído á penitencia por la solemne, á par que cariñosa, voz de su hermano el fraile? Impertinencia censurable sería por cierto el hacer hincapié en la pasada observación.

Ahora toca admirar, y admirar sin tasa, el fondo y la forma, si es que el fondo y la forma pueden distinguirse en la obra estética. Y en realidad, ¿qué es el arte, como capacidad y virtud de producir, sino la traducción y conversión de la idea en forma? ¿Qué es, como resultado, sino una *forma*, ó si se quiere, un conjunto de formas, desde la primera y casi indeterminada que reviste la idea al asomar en la conciencia, hasta la última y más externa, la del lenguaje? Por eso llegará día en que el oficio del crítico se reduzca á seguir ese desarrollo *mórfico* (como ahora dicen), mostrando cómo en la primera y vaga forma intelectual, que llaman *concepción*, están como en germen todos los primores y excelencias con que el autor ha adornado su obra. Para esta suerte de crítica nada habrá tan cómodo como ponerse, siquiera un instante, en lugar del autor, y seguir el hilo de sus pensamientos.

La idea primera que hubo de proponerse *Juan García* en su libro, fué traer á las mentes de esta generación olvidadiza el recuerdo de aquellas nuestras instituciones comunales, expresión de la antigua y verdadera libertad española. Las juntas del Puente de San Miguel, árbol de Guernica de las libertades montañesas, parecióronle asunto adecuado para algunas páginas de vivo color local y hondo sentimiento patriótico. Con decir que quien ha acometido tal empresa es el autor de *Costas y Montañas*, demás está ponderar el acierto de la ejecución. Erudito y poeta, versado como pocos en nuestra historia local, sintiendo y abrigando cariñosamente la impresión de los antiguos tiempos y el culto de las patrias memorias, ¿cómo no había de reproducir á

maravilla la imagen de lo que había sido dulce alimento y regalo de su corazón y de su fantasía? Para época de su relato fijose en el siglo XVII, quizá por una de esas involuntarias obligaciones que el primer concepto de la obra trae consigo, quizá deliberadamente y de propósito por la mayor copia de documentos auxiliares, quizá (y es á lo que más me inclino) por hallarse encariñado y hasta identificado con los hombres y las cosas de aquel siglo y del anterior, en términos de poderles dar con exquisita perfección vida y lenguaje.

Pues si á lo puramente novelesco pasamos, ¡qué tesoros hallaremos en situaciones y caracteres, qué delicados toques de pasión y qué sobria riqueza de medios literarios! Casto y gentilísimo es el tipo de Doña Mencía, arrebatado y generoso el del capitán que vuelve de Flandes, noble y fiel el del Rebezo, iracundo y pronto á la venganza el del catalán, como aquellos paisanos suyos cuyos hechos nos refirió por tan alta manera D. Francisco Manuel de Melo. Sin que el autor lo diga, se comprende que aquel hombre ha asistido al *Corpus de Sangre*, espantoso desagravio de pasados desafueros.

Pero entre todas las figuras que en el libro aparecen, creo dignas de particular elogio, como dechados de observación certera y profunda, la de D. Diego Pérez de Ongayo, y la de Fr. Rodrigo. No sé por qué, sin duda por la *bondad*, única semejanza que entre sí tienen las cosas *buenas* de distinto género, me han hecho acordar más de una vez de sus hermanos mayores, el *In-nominado* y *Frá Cristóforo*.

Y si ahora se me pidiera que citase capítulos y pasajes entre todos selectos y notables, abriría el libro por la pág. 44, donde empieza el diálogo de los dos frailes, que parece arrancado de un libro ascético del siglo XVI, y luego por la 77 y siguientes, en que se analiza fibra á fibra el alma torva del de Ongayo, y por la 207, en que Doña Mencía desahoga sus cuitas, y por la 263, donde comienza la descripción de las juntas, con todo lo que las precede y las sigue, y continuaría de esta suerte hasta que me sucediese lo que al crítico que se propuso subrayar todos los versos hermosos de Virgilio, y hallóse al fin con que había subrayado toda la *Eneida*.

Nada diré de las descripciones, porque esta es y ha sido hasta

aquí una de las *especialidades* (al diablo la palabreja) de *Juan García*, y en este libro triunfa, como ha triunfado siempre, ofreciéndonos fiel y acabada pintura de una de las más bellas comarcas montañosas. Por esas páginas ha pasado, no hay que dudarlo, el viento de la tierra nativa.

Con decir que la obra de *Juan García* es bella, excuso advertir que es moralmente buena; no porque la moralidad sea su *fin* (el artista de veras no es pedagogo ni predicador), ni porque venga superpuesta y á manera de *posfabulación*, sino porque nace de las entrañas del asunto, y con él se encarna y hace una cosa misma, como en toda obra sana y vigorosa.

¿Y qué decir del *estilo* variado, flexible y suelto siempre: acomodado á toda pasión y á todo carácter, trabajado con una perfección clásica que asombra y desespera? ¡Oh, quién pudiera escribir así! Pero tales andan los tiempos, tan caído el culto al arte, y tan desbaratadamente y con tan poco sosiego se trabaja, que hemos de contentarnos con admirarle, sin pretender la imitación, que de fijo sería desdichada.

Otro tanto digo del *lenguaje*. Es *Juan García* de los poquísimos escritores que hoy nos consuelan de la general decadencia. En este hórrido desconcierto, donde el estridente germanismo y la lengua franca de revistas, periódicos y discursos ha venido á sobreponerse al asolador galicismo, que por más de cien años ha enervado y consumido las fuerzas vitales de nuestra lengua, es deber, es conciencia resistir al torrente, volver la elocución á su pristina pureza, y demostrar con el ejemplo, más elocuente que todas las enseñanzas, que aun hay en Castilla quien sepa hablar el castellano. Pero ¡cómo ha de hablarse en castellano, si se piensa en algarabía! La impureza y extraño origen de las ideas se revelan y traducen en la impureza de la lengua. Y muchos de los que pudieran resistir no lo hacen, ó resisten *negativamente* tan solo. Unos escriben en cierto castellano de salón y de academia, limpio de barbarismos y de construcciones exóticas, pero deshuesado, mutilado, sin vigor ni nervio; escriben en una lengua que es cuerpo sin alma, tronco sin savia, lengua de donde está ausente el espíritu de la raza, y que por eso se parece á la prosa académica de todas partes, sin más diferencia que el son material de las palabras. Otros andan á caza de frases en nues-

tros clásicos, y no toman lo íntimo y sustancial, lo que hace á los libros personales y vivideros, sino acá un modismo, allá un giro ó un vocablo, sin fundirlos en unidad potente ni ponerles el sello de la propia actividad, única que refresca y remoja lo que en los modelos se encuentra. Y así nacen y mueren libros de taracea que los doctos estiman poco y los ignorantes no entienden.

Muy diverso es el proceder del escritor insigne á quien vengo refiriéndome. Para él la lengua está en los clásicos, pero estudiados con alto espíritu, no con propósitos meramente retóricos, ni como documentos arqueológicos, sino como intérpretes elocuentísimos de una realidad viva y enérgica, estudiados de modo que se conviertan, no en un *vademecum* ni en un recetario, sino en propia sustancia, en carne y sangre del imitador. Por eso la lengua que *Juan García* habla no es solamente pura y atildada, sino rica, abundosa, inagotable, llena de sonoridad y armonía, como que nace *ex abundantia cordis*, y unas veces es colorista, otras musical, muchas sentenciosa, mostrándose donde quiera el autor dueño y señor absoluto de cuantas preseas engalanan á la deidad de que es inspirado y entusiasta Sacerdote. Sólo pudiera notarse (y en este libro menos que en los anteriores) algún exceso de amplificación, cierta tendencia á desleir las ideas y á pararse cariñosamente en cada una, exornándola y ataviándola, aunque siempre con delicado gusto. Por este lado pecan algunos de los grandes ascéticos y místicos del siglo de oro; pero yo ni á ellos ni á *Juan García* he de censurar en lo más mínimo. ¿Por qué no hemos de detenernos á coger las flores que se encuentran al paso? Nada de sequedades ni de arideces: el que ha recibido del cielo el don precioso de dar siempre formas agudas y discretas al pensamiento, muestre y desarrolle en buen hora todas las riquezas de su fantasía, que los lectores, si son de buen gusto, entenderán que en obras de estilo, el estilo es lo primero, y lejos de enojarse por los descansos y lentitudes de la narración, sentirán que el narrador acabe tan pronto, cuando tan complacidos seguían los caprichosos vuelos de su pluma.

No diré más del libro. El hará su camino, y doctos críticos le analizarán, quilatando sus indudables excelencias. Yo me contento con anunciar su aparición. En lo demás, el nombre del au-

tor basta. ¿Ni qué peso podría añadir á la balanza el nombre del oscuro estudiante que firma estos renglones? Vaya, no obstante, mi pobre felicitación como de discípulo á maestro, y sea leve testimonio de mi intenso amor á las glorias del solar montañés, y más si son tan puras y radiantes como la gloria literaria del escritor que conocemos por *Juan García*.

1877.

M. MENÉNDEZ PELAYO.

REIVINDICACIÓN NECESARIA.

Once años se han cumplido desde el día en que la Revolución moderna consumó una de sus mayores iniquidades, despojando al Romano Pontífice de la última porción de territorio que constituía su legítima soberanía, y privándole de la necesaria é indispensable libertad que necesita para ejercer su salvadora misión.

Si las nociones más sencillas de justicia y de equidad no demostrasen, de manera harto evidente, la indispensable necesidad de independencia que tiene la Santa Sede, vendrían á proclamarlo muy alto los atentados que se acaban de cometer contra el Pontífice indefenso, y la impotente debilidad en que, voluntaria ó forzosamente, yace el desventurado gobierno que ofreció á la faz del mundo, y como reparo á la usurpación que cometía, *garantizar la libertad del Vicario de Jesucristo.*

¡Absurdo compromiso! Desprecio, cuando no indignación, debió inspirar la promesa; porque cosa es á la verdad muy peregrina que el opresor salga garante de la libertad del oprimido, y que el verdugo responda de la seguridad de su víctima. Fingieron, no obstante, las naciones darle crédito, y hoy continúan también fingiendo que no advierten la falta de cumplimiento á la obligación contraída, con lo cual no salen muy bien librados, por cierto, los fueros de la justicia ni las leyes del honor.

Pero cuando la sociedad, á fuer de ingrata, olvidando los beneficios que del Pontificado ha recibido, se vuelve de espaldas hacia Roma, ó si la dirige sus miradas es para contemplarla con indiferencia, ó para combatirla con audacia, preciso es que los cristianos fieles, aun los de condición más oscura, procuren despertar á las naciones católicas del letargo en que se encuentran, y que protestemos enérgicamente contra la iniquidad de su conducta.

Y es conveniente también que, cuando se trata de reivindicar los derechos de la Iglesia, alternen en su defensa los adalides más preclaros y las inteligencias más humildes; porque siendo estos clamores la expresión del amoroso respeto que el Pontificado nos infunde, todos los hijos de la Iglesia tenemos derecho á levantarle; que el padre de familia de igual manera se complace con las hazañas del valeroso primogénito, que con las aspiraciones entusiastas del balbuciente pequeñuelo.

Hay además otra razón que justifica nuestro aserto: la persecución encarnizada que en nuestros tiempos se dirige contra la doctrina católica no procede, en general, del terreno científico, ni del campo de los hombres pensadores; sinó que más bien, aunados los necios en depravado consorcio tratan de seducir á los incautos, y pretenden disimular su despecho al ver que sus desacertados tiros se embotan—como los dientes de la víbora cuando quería roer la lima—sin conseguir hacer mella alguna en el escudo fortísimo con que se presentan armadas la sana filosofía y la verdadera ciencia. Sigán, pues, en buen hora, los escritores insignes pulverizando el error de algunos pocos que, desvanecidos con una sabiduría que tiene mucho de incipiente, aparentan venir á justar con las armas del saber, y quedémonos los menos diestros con esos soldados visoños del campo de la impiedad que tienen la pretensión, casi más ridícula que sacrilega, de declarar la guerra á Dios; pues no es justo que armas tan bien templadas hayan de emplearse en combatir á los que solamente aciertan á disparar tiros al aire.

Estas consideraciones nos deciden á escribir los brevisimos apuntes que servirán de materia á los presentes artículos, ya que obligaciones perentorias, unidas á la incapacidad natural, nos impiden presentar, con el método que exige la importancia del asunto, *los beneficios que del Pontificado ha recibido la Europa*, para deducir de esta enseñanza la injusticia de su conducta presente, y el deber apremiante en que se encuentra de reparar los agravios inferidos.

I.

Desde que se predicó el Evangelio y con él comenzó á difundirse por el mundo la civilización cristiana y la verdadera libertad, fué la cátedra pontificia el faro luminoso para las nuevas sociedades, y el seguro puerto donde pudieron conservarse, purificadas de su escoria, las grandezas de la antigüedad. Y no podía menos de suceder de esta manera, puesto que la doctrina salvadora del Evangelio no tendría poder alguno, si la Iglesia, encargada por su divino fundador de interpretarle, no la aplicara oportunamente á todas las necesidades individuales y colectivas dándole su vigorosa sanción; por eso decía admirablemente San Agustín: *Ego verò in Evangelio non crederem nisi Sanctæ Ecclesiæ commoveret auctoritas.*

Omitamos, en gracia de la brevedad, las aspiraciones constantes de todos los pueblos antiguos por una autoridad estable y suprema que pudieran dirimir las contiendas que las rivalidades humanas suscitan á cada paso; dejemos aparte el ansia con que el gentilismo busca en mentidos oráculos la solución de las cuestiones que dan origen á que la tierra se convierta á menudo en campo de batalla, porque la espada de sus conquistadores tiene fuerza para cortar las dificultades, mas no habilidad para vencerlas; y prescindiendo de estos hechos, de los cuales se deduce la necesidad imprescindible de la autoridad de la Iglesia, examinemos su salvadora misión desde el momento en que la caída del imperio romano, que por coincidir con la propagación del cristianismo constituye la crisis suprema de la historia, viene á modificar de raíz la constitución de los gobiernos y de los pueblos.

¡Qué eficacia entonces la del Pontificado! Él defiende con su manto protector todas las glorias de la vieja humanidad; y cuando los ejércitos romanos, vencedores en mejores tiempos, marchan de derrota en derrota, cuando ya ha enmudecido la elocuencia sin que con sus vibrantes rayos pudiera conjurar los planes de incendio y devastación que llegan á convertir en montones de ruinas los suntuosos palacios, las voluptuosas termas y las risueñas y frondosas *villas* que, cual ceñidor de esmeraldas, rodean á la reina

de las ciudades, más desolada todavía que lo fuera la ciudad santa, porque también su corrupción había superado á la de aquella, unos ancianos inermes son los que salvan por algún tiempo los despojos de antiguas glorias; los que prestan amparo á las instituciones más queridas; los que renuevan, con ventaja, el prestigio del antiguo patriciado; los que guardan como preciosa reliquia los fragmentos de aquella legislación razonada y universal como la lengua en que está escrita; de aquella poesía tan majestuosa cuando refiere las proezas de sus primitivos héroes, como dulce y conmovedora cuando canta los amores de sus tiernas Galateas, y tan sencilla cuando enseña en eruditas epístolas los preceptos permanentes del clasicismo literario, como punzante y amarga al vituperar los vicios de los tiranos y las liviandades de las cortesanas; de aquellas artes trasplantadas á la ciudad reina del Tiber, desde la sometida Acaya, patria natural de la belleza. Y cuando solamente quede el recuerdo de aquella dominación romana, tan robusta y vigorosa, que tuvo por durísima simiente los anillos de hierro de sus caballeros, esparcidos en las llanuras de Cannas, por riego la sangre de millares de legiones sorteadas para venir á combatir contra los desnudos pechos de los numantinos, que eran el *terror imperii*, y por abono los cadáveres de cien generaciones de esclavos sacrificados en las minas, porque toda ella ha sucumbido al empuje de un torrente de pueblos desconocidos que vienen sin que se sepa de dónde, ni ellos sepan dónde van, sofocados por el humo del incendio, y sin dejar en su carrera ni las huellas de su paso, porque los corceles de Atila han arrancado hasta la yerba donde clavan sus pisadas, no será ya un dictador acompañado por los haces de los lictores el que salga á detenerlos, evocando recuerdos de antiguas proezas; ni un emperador proclamado por el capricho de la guardia pretoriana el que se presente en liza; sinó que el talismán prodigioso encargado de humillar la fiereza de los bárbaros será el báculo de un pontífice que, más afortunado que César, no tiene que llegar y ver para vencer, sinó que esperando venció solamente con ser visto.

¿Y quién podrá dudar que desde entonces los Romanos Pontífices hubieran podido, á quererlo, dominar no solamente sobre las inteligencias que habían esclarecido y sobre los espíritus que habían vivificado con su doctrina salvadora, sinó también sobre el

territorio que supieron defender y sobre los pueblos que les suplían con insistencia que fueran sus soberanos?

No lo hicieron así, empero, y como ansiosos de libertarse de carga tan molesta, aceptada solamente en cuanto era precisa para garantizar la independencia de su divina misión, buscaron el concurso de los reyes, les enseñaron la manera de conducir á sus súbditos por las vías de la prosperidad y de la justicia, se esforzaron porque el derecho sustituyera á la violencia, y solamente vindicaron el suyo cuando el bien de la sociedad lo exigía.

La necesidad por una parte, el asentimiento universal, y sobre todo la justicia, sin la cual, como dice el sabio obispo de Hipona, los reinos son grandes robos..... *¿quid aliud sunt regna quàm magna latrocinia?* son los títulos legítimos á más no poder que presenta el poder temporal de los Romanos Pontífices, cuyo derecho es el más antiguo, justo y necesario de todos los que presenta la historia.

Y si de la consideración de su origen nobilísimo se pasa á la de las consecuencias saludables que de su establecimiento se desprenden, es tal la abundancia de luz con que los hechos iluminan al que investiga las ventajas de tan excelente potestad, que solamente una ceguera absoluta puede desconocerla, una intención aviesa contrariarla, y una impiedad sistemática pretender su menoscabo y extinción.

Estudio más detenido que el que en este ensayo de preámbulo puede hacerse, exige el examen de la influencia que el poder pontificio ejerce en el desarrollo de las nuevas naciones que á la sombra de la Cruz van surgiendo como otros tantos heraldos de la civilización cristiana; la historia nos servirá de guía en nuestras investigaciones, y ante la lógica de los hechos habrán de ceder las preocupaciones infundadas, lo mismo que las calumnias manifiestas; quede, pues, consignado desde ahora, para los artículos sucesivos, que de la autoridad del Pontificado, en su doble é inseparable aspecto espiritual y temporal, redundan grandes bienes á los pueblos, y que estos, al combatirla, han destruido el más poderoso baluarte de su independencia, y han minado la base de su poder.

MARIANO BARSÌ CONTARDI.

(Se continuará.)

CARTAS Á MI PRIMO.

SEGUNDA.

EL ARTE Y LOS ARTISTAS.

Mi querido pariente. Cuentan que á Lorenzo de Médicis pareciale el oro vil materia, comparado con los hechizos que le producía la contemplación de una obra de arte. El observador de hoy, que sienta allá en el fondo de su alma las dulces emociones que la *belleza* acarrea al espíritu; quien mire atentamente y sepa recorrer el vastísimo campo donde la imaginación vuela en pos de ese inexplorado infinito camino de peregrinación para el artista; quien sepa apreciar el vuelo prodigioso que han tomado las artes en este venturoso siglo, y sorprenda en la escultura al uso una hermosura como no se vió en los buenos tiempos de Grecia y Roma, y llegue á conocer que para nada hace falta en el arte aquella *certa idea*, merced á la cual, daba Rafael divino rostro de Virgen á una ramilleteira de Florencia; quien proscriba del arte todo tinte poético y espiritualista, aquel sí que es artista de veras y ha de amar con amor verdadero la ciencia de lo bello. Pero es el caso, mi querido primo, que todavía hay escuelas critico-literarias que pugnan y riñen entre sí brava batalla sobre lo que ha sido, sobre lo que es, y lo que deba ser el *ideal* artístico de nuestro siglo. En honor de la verdad, no se dice por acá nada nuevo en achaques de estética, pero ya puedes comprender que se adereza la hueca palabrería y semiciencia de nuestros pensadores con citas de Alejandro Teófilo de Baumgarten, con lucubraciones de Hegel, con sentencias aristotélicas, con frases y conceptos de Burke, y ¡pásmate! hay quien se atiene, á lo que piensa y opina el mismí-

simo Fernández y González (D. Francisco). Unos afirman con el Stagirita que el arte es mera imitación de la bella naturaleza, opinión reciamente combatida por quienes creen llevar en lo más recóndito de su ser algo que precede á la imitación; para otros es la forma el requisito esencial de la obra artística, mientras no pocos la desprecian soberanamente, y no pensando en que el arte tiene en sí un fin altísimo, á saber, la manifestación de la belleza, lo subordinan todo á que el artista persiga un fin moral; tirios y troyanos, en suma, con su continuo batallar para ganarse el apoyo de las gentes, hacen pensar en el dicho que Platón puso en boca de Sócrates: *Lo bello es difícil*. Pero no es así, me apresuro á rectificar: el *no sé qué* de Gioberti, aplicado á la belleza, no tiene disculpa ni atenuación posible en el último tercio del siglo XIX. Hemos convenido ya, al discurrir sobre el arte y al explicar el concepto de lo bello, en no remontarnos por las alturas, y caminar con pie seguro sobre la pedestre realidad. Si Aristóteles quería que se imitase á la bella naturaleza, nosotros queremos que se imite la parte fea de esa misma naturaleza. No gustamos de medias tintas, y de aquí que desechemos el discreto realismo de Velázquez en su cuadro *Los borrachos*, y nos deleiten los de las tabernas de Van Ostade; como en literatura es más de nuestro agrado rondar por entre las asquerosidades de Hogart, que bien amasadas en la cocina francesa, nos regala Zola, que saborear los encantos de la vida *real* mantenida dentro de ciertos límites, tal como la pinta en sus novelas de oro el santanderino Pereda. Diga lo que quiera Rodulfo Topffer, no es el chispazo del ingenio que limpia y purifica las imperfecciones y lunares que encuentra en los objetos que ve á su alrededor, lo que se admira y aplaude, no; el artista ha de limitarse á la reproducción plástica de cualquier objeto, ha de pintar las cosas tal como son, no como las forje su fantasía calenturienta. De donde se sigue que es fuerza proscribir del arte todo lo que vaya más allá de los sentidos, pues todo el influjo de esa propiedad que llamamos belleza—escribe Burke—se reduce á relajar las partes sólidas de nuestra máquina, á dilatar y ablandar las fibras de los órganos de la sensibilidad, de suerte, que con mayor facilidad se ejerciten sin experimentar cansancio. Mas como dentro de la naturaleza existe y se da, que diría un krausista, lo monstruoso, he aquí el campo de

operaciones para quien sienta brillar en su frente la luz del genio. Pintar con discreción lo real, lo humano, lo que se palpa y ve á cada hora y á cada momento, no es nada maravilloso, como tú comprendes; ya lo hicieron en tiempos pasados grandes artistas, y aun lo siguen haciendo algunos, hoy día de la fecha; que no se arrancan sin largo trascurso del tiempo las preocupaciones de un pueblo; pero todo se andará, y no es poco lo que va recorrido hasta la hora presente. El más miope puede ver un síntoma por todo extremo consolador. Si por ventura se te ocurre dar una vuelta por el Museo de pinturas, regularmente podrás saborear á tus anchas, sin que nadie te moleste, las bellísimas Concepciones de Murillo, ó el cuatro de la *Rendición de Breda*, eterno modelo de un realismo aceptable y racional, y los dechados que allí se conservan de cuanto más peregrino y bello acertó á componer el humano ingenio en los grandes ciclos que ofrece la historia de las artes: la civilización helénica, el Renacimiento y los tiempos modernos; mas en cambio, es muy posible que al regresar á tu casa topes, al doblar una esquina, con un pelotón de gente, extasiada ante la contemplación de tal cual esbozo, donde se pone á contribución todo lo vulgar, todo lo grotesco, sin un vislumbre siquiera de ese *quid divinum* con que la fantasía y el buen gusto del artista saben embellecer lo feo, y dar más vivos colores á lo que de suyo es hermoso. En resumen, y á modo de síntesis, te diré, que los más conspicuos artistas han visto la necesidad de guardar á la verdad de la naturaleza un respeto tan profundo, que creen ilícito procurar ennoblecerla, realzarla y dignificarla. Nada que hable y levante el espíritu; esta es la consigna de muchos que hoy cultivan el arte. Si Zenón decía de Poliñoto «que le había hecho filósofo la contemplación de sus pinturas», nosotros podremos decir á ciertos dioses del arte contemporáneo: «la contemplación de vuestras obras nos convierte en bestias».

LA CRÍTICA MODERNA.

Tú debes conocer, á fuer de bibliófilo, un libro compuesto á fines del pasado siglo por el P. Codorniú, de la Compañía de Jesús, el cual libro lleva este título: *Dolencias de la crítica moderna*. Tuviera ó no razón el Padre al discurrir sobre tal tema, averígüelo el curioso lector; lo que yo te aseguro, me consta de buena tinta, es que á la crítica que hoy se estila, no le duele nada; está curada de espanto y de cuantas dolencias pudieran aquejarle. ¡Qué frescura la de nuestros flamantes críticos al uso! ¡Qué gente tan lucida! ¡Qué caudal de sabiduría el que plugo á Dios concederles! ¡Así aplican su escalpelo al libro en que se plantean los más altísimos problemas de la filosofía, como al en que se estudien las enfermedades de la patata! Ante el brioso empuje de la generación que ahora nace, ya no hay que estudiar á Macaulay, ni á Villemain, ni saborear las bellezas que esmaltan los escritos de los Cañetes, Valeras, etc., etc.; huelga en absoluto esa funesta manía de tomar á nadie por modelo: en estos tiempos de soberanía nacional, lo más sencillo y menos molesto es encaramarse en las alturas de cualquier periódico, y, lanza en ristre, repartir tajos y mandobles sin ningún linaje de discernimiento, y..... caiga el que caiga. Mas cuidado con fustigar á todos ácremente, aunque así lo demanden la imparcialidad y el buen gusto. Conviene que le tengan á uno por crítico severo (quizá digas tú que la severidad, en esto de la crítica, está reñida con la justicia, pero piensa que los escrúpulos no sirven más que de estorbo); mas cuida de rendir fervoroso culto á ciertas reglas establecidas *a priori* por la gente del oficio, que bien será indicarte alguna, por si llegas á venir á esta corte, y caes en la tentación de sentar plaza de revisero de libros. El criterio que aquí se sigue, advierte á qué poca cosa se reduce. Se trata de hacer el examen crítico (juicio crítico, dicen muchos, pero tú sabes griego y no incurrirías en este pleonismo) de un libro escrito por autor que como el crítico opina, que milita en el propio partido político, que con el crítico se codea en las juntas que celebra la secta..... pues en este caso el dicho autor

es en el orden científico-literario un *monstruo* infinitamente más monstruoso que el mismo Sr. Cánovas; al revés, el autor se permite pensar por cuenta propia, va en busca de la verdad sin adulaciones serviles ni protestas de sumisión á nada ni á nadie, tiene la debilidad de doblar su frente ante las decisiones de la Iglesia, cuyos juicios acata con alegría de corazón..... pues el libro es so- porífero, pesado, inaguantable. Si te llegas á ver cara á cara con alguna producci6n literaria de estas últimas á que aludo, no te molestes en estudiarla; échala á pique con un rasgo de ingenio que trace tu pluma. Quizá se dé el caso de que tal cual sabio, de extrañas tierras, á semejanza del que, según Calder6n,

..... iba cogiendo
Las hierbas que otro arrojó,

pueda espigar con fruto y tomar por miés dorada lo que tú des- deñas soberanamente; quizá él encuentre flores, donde tú, más perspicaz y sutil, sólo ves espinas y abrojos; pero todo esto es *peccata minuta*..... ¡Qué coincidencia! Al llegar aquí, me trae un amigo un párrafo que ha copiado de cierto reputadísimo peri6- dico alemán, el cual periódico escribe, acerca de la literatura es- pañola contemporánea, un larguísimo artículo, consagrado casi por completo al examen de la aun no terminada obra *Historia de los Heterodoxos Españoles*, compuesta por D. Marcelino Menén- dez Pelayo; hablando del cual, escribe el crítico extranjero lo que sigue: «De mí sé decir, que cuando veo lo que hace, y cómo lo hace; cuando observo el perfecto equilibrio en que están sus fa- cultades; aquella fuerza comprensiva y generalizadora en su en- tendimiento; aquella lozanía de su imaginaci6n; aquel su juicio maravilloso, en mi sentir, la más asombrosa de sus dotes; aque- lla su facundia inaudita, verdaderamente estupenda; cuando pienso, en fin, en los tesoros que Dios ha derramado sobre ese joven, que todavía no ha llegado á la mayor edad, vuelvo mis ojos con amor y con envidia hacia la naci6n española».

¿Qué te parece, primo mío, de esto?..... ¡Bah! Lo que yo puedo afirmar es, que por aquí no somos tan dados á la hipérbole como los alemanes; y que si tenemos y admiramos como literatos distinguidos á los copistas que traen á la escena española, donde

se representaron los *Autos sacramentales*, cuantas abominaciones y miserias puede mostrar la corrompida naturaleza humana; si creemos á pies juntillas que Pina Domínguez eclipsa á nuestro paisano Bretón, y que Echegaray es más grande en sus concepciones que el príncipe de nuestros dramáticos; si tenemos por inconcuso que Sagasta es un estadista en toda la acepción de la palabra, y que de los pasillos del Ateneo salen los verdaderos sabios, como salió Minerva de la cabeza de Júpiter, en cambio, no creemos que Menéndez Pelayo pase de ser eso que se llama un joven aprovechado. Ciertamente no opinan así los Fernández-Guerra, los Tamayos, Valeras y Cañetes; pero todos estos señores van ya peinando canas, y sospecho yo que no debemos hacer gran caso de sus juicios.

Basta por hoy, primo mío querido.

MIGUEL GARCÍA ROMERO.

Á LA MARQUESA DE ARANDA,

CON MOTIVO

DE LA MUERTE DE SU HIJO, MI QUERIDO SOBRINO,

ALVARO OZORES Y SAAVEDRA.

¡Á eterno luto el corazón condena
 Tu dolor! ¡Pobre madre!
 El llanto de tu amor, es desvarío
 Pretender enjugarle.

Mientras al cuerpo permanezca unida,
 Encarcelada el alma;
 Del dolor durará que te enloquece
 Viva la oculta llama.

¡Qué triste es la enseñanza de la muerte!
 El placer y la vida,
 Son lluvia matinal, que se evapora
 Al alumbrar el día.

Nacientes flores al brotar marchitas,
 Breve sueño engañoso,
 Cristalinos arroyos que se pierden
 En apartado golfo.

Tú fuiste su querer, tú su albedrío,
 Su pensamiento solo,
 Su placer y contento fué tu gusto,
 En tí lo encontró todo.

¿Qué puede mitigar de tu martirio

Los acerbos dolores?

Sólo la fe: la persuasión que habita

Las célicas regiones;

Donde las almas que apartó la muerte

Sin matar su cariño,

Para siempre se unen; ¡para siempre!

En el seno divino.

Consuelo para ti no tiene el mundo,

Bálsamo, ni esperanza;

Ni tierna compasión, ni su egoísmo,

Para tu pena, lágrimas.

EL MARQUES DE HEREDIA

SONETO.

Salve tú, noche, que apacible vienes,
Siguiéndote con pasos desiguales
Un cerco de luceros celestiales,
Que orlan callados tus dormidas sienes.

Dulce madre del sueño, que los bienes
Iguales con su influjo en los mortales,
Y al menos compasión para sus males
En tu silencio misterioso tienes.

No en tu seno al reposo apetecido
Ofende cruda luz con su presencia,
Ni bullidora turba con su ruido.

Ni aguja del contraste la violencia
En el ánimo enfermo y abatido
Al cansado dolor con insolencia.

FERNANDO DE LA VERA É ISLA.

CRÓNICA POLÍTICA

DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO.

Al fin logró el Congreso llegar á su constitución definitiva, dejando á la consideración de las gentes reflexivas la amenísima historia de las elecciones, con testimonio auténtico de las discordias intestinas que se agitan en el seno de la mayoría. Ciertamente el sistema parlamentario no ha ganado nada en esta última exposición de soberanía nacional, y, gracias á que le quedaba muy poco que perder, podemos consolarnos con la seguridad de que no ha perdido gran cosa.

Ante el espectáculo de las disidencias particulares, descubiertas en el curso de la revisión de las actas, el Ministerio ha sabido evitar los peligros de su intervención, anulándose generosamente. En la imposibilidad de concertar los opuestos ánimos de su gente, se ha resignado al papel de simple espectador, modo ingenioso á la vez de conservarse como punto de confluencia entre la variedad de aspiraciones personales que forman el conjunto de la mayoría.

No se puede decir con fundamento que existe divergencia política de aspiraciones doctrinales que divida en bandos opuestos ó en sistemas distintos el campo de la fusión, porque para afirmarlo así, sería preciso averiguar qué política es la del Gobierno, y qué diferencia de principios separa á los constitucionales de los demás elementos que han entrado en la composición del actual estado de cosas. Ni siquiera puede decirse que los separan cuestiones de conducta, porque es visible que unos y otros se hallan conformes en adular á la revolución extrema con todo linaje de concesiones, con tal de que esa misma revolución se resigne á formar la popularidad del Gobierno. Trátase únicamente de un mero cambio de beneficios, reducido á este sencillo contrato: yo os entrego la sociedad, dejadme vosotros el usufructo del mando; ó lo que es lo mismo: trabajad vosotros, mientras yo cobro.

Es verdad, como cosa averiguada, que la revolución no vive sólo de *ideales*, y que el demócrata más ideólogo siente como los demás la necesidad urgente de darse buena vida, de engalanarse con uniformes bordados, de tener lacayos que los sirvan, cortesanos que se inclinen

á su paso, antesalas donde respirar el humo de todas las lisonjas, y no es de presumir que se avengan por mucho tiempo á ser los ciegos que cantan, mientras otros se encargan de ser los lazarillos que recogen. Mas entre tanto, el pensamiento fundamental de la política del Gobierno no pasa de esos términos, y no hay un sólo individuo influente en las regiones oficiales que no esté completamente de acuerdo con ese sistema.

Las desavenencias, pues, que trabajan á la mayoría no nacen de divergencias de principios, ni de opuestos pareceres en materia de conducta; obedecen á antipatías personales, á emulaciones particulares de posición y de influencia, son rencillas caseras que advierten la disolución de la familia; porque el Ministerio del Sr. Sagasta es la última *martingala* del juego de las instituciones vigentes.

Entre los dos principios que se disputan el dominio del mundo, en los que la forma de Gobierno es un accidente, la anarquía gubernamental que nos rige no es más que un momento de descanso, el tiempo preciso para que el pregonero de la estación grite: «Viajeros, al tren». Sin el prestigio de la autoridad cimentada en principios morales permanentes, y sin la osadía innovadora con que la revolución arrolla los fundamentos sociales de todo orden racional, el Gobierno no es más que un wagón de mercancías arrastrado por la máquina que lo empuja.

Es un Gobierno de partido sin partido. De partido, porque todo hay que sacrificarlo al interés de los parciales del momento; sin partido, porque treinta amigos particulares del Presidente del Consejo de ministros, cuatro ó cinco del ministro de la Guerra, seis ó siete del ministro de Gracia y Justicia, y las respectivas parentelas de cada uno de los individuos del Gabinete, no son en verdad lo que llamamos un partido. De partido, porque no puede vivir sin mayoría parlamentaria; sin partido, porque esa mayoría no la tiene. Agrupación informe, conjunto de circunstancias, sin iniciativa á que sujetarse, sin disciplina á que atenerse, viene á ser oleaje inquieto de intereses vulgares sobre el que el Ministerio flota en virtud de su poco peso. Gobierno de partido, porque ha tenido que someterse al imperio de los caciques, y sin partido, porque su influencia es nula para contener las rivalidades en que hierven las provincias por inveterados odios entre esos mismos caciques.

* *

La idea del Ministerio homogéneo no es precisamente la cábala de cuatro ambiciones impacientes; es una necesidad que está en la naturaleza de las cosas; es una propensión más instintiva que calculada; es el movimiento del pie que se agita en las tinieblas y busca en qué

apoyarse. Si Martínez Campos ha servido para subir, el Duque de la Torre puede servir para mantenerse. La benevolencia de la democracia monárquica no es en verdad un terreno firme, pero al fin es un terreno, que cuando menos, facilita para el día de mañana una evolución conveniente. Es para mí evidente que si en el rincón político en que el Gobierno se encuentra no se muriese nunca, se resignaría á pasar así el resto de sus días; pero una vez dado el impulso, le es imposible detener las corrientes. En todo alimento hay sustancias que la digestión desecha, una vez extraído el jugo; y esa eliminación necesaria á la vida orgánica, le es indispensable á la vida política del ministerio. No hay más remedio que desprenderse de lo que ya no es útil y empieza á ser molesto.

Hasta aquí perfectamente; mas sobreviene una dificultad, acaso inesperada. La democracia progresista, apartando á un lado las contemplaciones cabalísticas de Martos, las consideraciones económicas de Figuerola, y los planes dramáticos de Echegaray, rompe resueltamente con toda idea de benevolencia y se declara en abierta hostilidad contra el Gobierno. Ha comprendido que la vida de este depende de su tolerancia, y se la retira desde el momento en que estas hostilidades comiencen, el Gobierno perderá lo que podemos llamar su base de operaciones, porque despojado de la popularidad revolucionaria que le da valor, donde precisamente por eso no debía tener ninguno, se agitará en el vacío.

Ante esta eventualidad probabilísima ¿qué hace? ¿Se defiende? ¿Y cómo? ¿Le pide auxilio á las leyes que él mismo, nada menos que en el discurso de la Corona, ha puesto á los pies de la revolución para sonsacarle cierta tolerancia monárquica? Esfuerzo inútil. Para nada se necesita tanta autoridad como para resistir, y en ese punto el ministerio actual no tiene ninguna. En nombre de la libertad de todas las opiniones, lo mismo en la cátedra que en la tribuna, en los clubs que en la prensa, se verá acosado por una oposición activa, incansable, tremenda y legal, según los anchurosos términos de la legalidad por él mismo establecida.

No hay necesidad de esforzar el razonamiento para convencer á nadie de que el ministerio Sagasta-Albareda, carece de fuerza moral y material para hacer frente á una oposición revolucionaria. Pocos juicios habrá más imparciales que el mío en la ocasión presente, porque declaro con espontánea ingenuidad que lo mismo me da Sagasta que Ruiz-Zorrilla, y porque no teniendo nada que admirar en la lógica de los hombres, suelo entretenerme en aplaudir la lógica de los hechos. Además, puestos por segunda vez frente á frente esos dos personajes en la revuelta escena de la vida pública, no puedo desconocer que Ruiz-Zorrilla ha sido más astuto que Sagasta, por más que este haya introducido la desunión entre los prohombres del progresismo democrático.

Es, pues, indudable que al ministerio se le llueve la casa por el lado de la revolución, ó dicho en términos más propios, que las *logias* de donde ha salido, se le suben á las barbas. La benevolencia revolucionaria la abandona, ¿dónde puede encontrar auxilio? Veásele ante la poderosa elocuencia de un orador católico que le pide cuenta de su proceder ante el sacrílego atentado de la hez revolucionaria consumado en Roma, bajo la sombra del Gobierno del Quirinal. ¿Con qué contesta á las razones soberanamente expuestas por el Sr. Pidal? Contesta con la retórica escéptica, de bajo imperio, menuda, insignificante del Sr. Gamazo; contesta con los lugares comunes del más vulgar doctrinarismo por boca del Sr. Ministro de Estado, y contesta, en fin, con los votos de la mayoría seguidos de los votos de la demagogia gubernamental, de la demagogia aparentemente resellada á la monarquía. ¿Y quién replica á la palabra severa y cariñosa, llena de luz y de mansedumbre, que han hecho oír en el Senado los sabios Prelados de Salamanca y de Valencia? ¿Quién? pregunto. Albareda, con algún cuento de Triana ó algún chascarrillo de antecámara?

Hay un punto de reunión, un caso de unanimidad para todas las sectas revolucionarias, á saber: la impiedad. Siempre que se trate de perseguir á la Iglesia católica todo ese enjambre de odios, de rivalidades y de ambiciones personales aparece compacto, unísono, como un solo hombre, como un solo impío. Esa mayoría en disolución, que se burla del ministerio que le ha dado el ser, hasta el punto de derrotarlo en la elección del tribunal de actas, esa democracia aristocrática que espía el momento de sustituir al Gobierno que le adula, se unen y se estrechan en el pensamiento común de acabar con toda idea religiosa.

En el orden lógico de las cosas todo lo que sucede debe suceder, y el ministerio actual, presidido por el mismo hombre que presidió el ministerio de D. Amadeo, no había de ser hoy menos complaciente con el Rey Humberto, que lo fué el gobierno de entonces con el Rey Víctor Manuel. A veces basta cambiar los nombres de las personas, para que dos épocas se confundan en la igualdad de las circunstancias. En los progresistas hay una propensión particular á retroceder: á pesar de haberse abonado once años, retrocedieron del 54 al 43, hoy acabarán por retroceder del 81 al 68, ó por lo menos á la fecha memorable de la dimisión de D. Amadeo de Saboya.

* * *

La verdad es, entretanto, que el mundo nos sonríe por el lado administrativo y económico. Nada menos que veintidos proyectos de ley han sido necesarios para nivelar los presupuestos, si en efecto resultan nivelados á la terminación del ejercicio económico. Entre los diversos medios que el hombre tiene á su alcance para desfigurar la verdad, ninguno se presta tanto al sofisma como los números. Todo presupuesto

es una mera suposición que con frecuencia la realidad desmiente; por eso son tan pocos los afortunados á quienes en el mundo les sale la cuenta. Los presupuestos presentados por el Ministro de Hacienda no están exentos de ese inconveniente; pero si en verdad no nos ha caído la lotería, quiere decir que tenemos el billete en el bolsillo: contamos con una probabilidad contra treinta mil; después de todo no es poco.

La base de la operación viene á ser la conversión de las amortizables, por medio de la que hemos duplicado los plazos de la amortización. Por ejemplo: debíamos amortizar 4000 millones de papel en veinte años, á 200 millones anuales; pues bien, los amortizaremos en cuarenta años, y por de pronto tenemos cien millones menos en el presupuesto de gastos. Todo queda reducido á pagar en cuarenta años lo que debía pagarse en veinte, ó lo que es lo mismo, á endosar 2000 millones de deuda á la inmediata generación de contribuyentes, más claro: trampa adelante. De esa manera el Sr. Ministro de Hacienda puede nivelar hasta los Andes. Tal sistema de endosos á la posteridad me hace presumir que si hubiese necesidad de un ejército más numeroso del que puede dar la población de España, cosa posible, pues tenemos plana mayor para los ejércitos de Xerxes, se haría entrar en quintas á los que todavía no hubiesen nacido, pues no veo razón para que la contribución de sangre no goce de los mismos privilegios que la contribución de dinero.

Sí, el tipo de la contribución territorial aparece reducido al 16 por 100; mas el contribuyente no debe perder de vista que, á pesar de la rebaja, la cifra de ese impuesto continúa siendo la misma. Verdadero milagro económico por medio del que el Sr. Camacho hace con las contribuciones, lo que puede hacer con cualquier agujero en razón á que cuanto más le quite más grande será. Ciertamente es que las clases activas y pasivas, hasta el clero, han obtenido la ventaja de la reducción del descuento, acto equitativo en cuanto á las primeras, y justísimo en cuanto al segundo; pero como es preciso que alguien pague el pato, porque el pato hay que seguir pagándolo, he aquí que las miradas imponentes del ministro se han fijado en el inquilino, porque en verdad eso de tener casa y hogar es una ganga que no hemos de disfrutar por nuestra bella cara. Y para que el nuevo impuesto sea una verdadera gracia, el motivo es la sal misma, la misma sal que cada vecino tendrá que comprar para sus gustos ó sus necesidades. Dejemos á los periódicos ministeriales el privilegio exclusivo de las alabanzas, pero consignemos aquí, á pesar de la formalidad de estas crónicas, un piropo que de seguro palpita en el fondo de todos los corazones que tienen el lujo de vivir bajo techado y exclamamos: ¡anda salero!

No hay una idea luminosa que no sea el principio de otra, así es que averiguada la relación que existe entre el alquiler de la casa y la sal que consume la familia, se ha venido en conocimiento de que

cuanto mayor sea el alquiler que se pague, mayor ha de ser la cantidad de sal que se consuma. Ahora comprendo cuán sosa debe ser la existencia de los que viven á la intemperie.

En resumen, no se ha hecho economía ninguna en el presupuesto de gastos, antes bien resulta aumentado, se han hecho rebajas en el presupuesto de ingresos, y no obstante la comparación, entre ambos presupuestos arroja con mano liberal, más aun, pródiga, un sobrante en números redondos de trescientas mil pesetas. Ahora bien, ¿quién vá á pagar la diferencia? Para el contribuyente la cuenta no tiene vuelta de hoja: el presupuesto de gastos, dirá, es el mismo con más trescientas mil pesetas sobrantes, que no sobrarán; luego yo pagaré en el año económico que me amenaza lo mismo que en el presente, con más las trescientas mil pesetas sobrantes. Esto es, si á lo mejor el *déficit* no saca la cabeza, porque como el *déficit* no tiene nada que perder, es muy capaz de sacarla.

Cada día son mayores las dificultades que el gobierno de la República francesa encuentra en su descabellada empresa de Túnez, la lentitud de las operaciones militares por una parte, el terreno y el clima por otra, el desconcierto del gobierno y el fervoroso entusiasmo de la rebelión que crece y se extiende, dan á esa loca aventura el aspecto de una guerra interminable. Y la dificultad sube de punto desde el momento en que los partidos extremos, rebelados contra Gambetta, lo acusan de haber emprendido esa campaña que llaman injusta, y lo hacen responsable ante la justicia del pueblo de haber comprometido el honor militar y los intereses de la Francia. El desdichado dictador siente todo el vacío de su justa impopularidad, y, como el más vulgar de los culpables, intenta rehabilitarse, dejando caer todo el peso de la acusación sobre sus cómplices, sobre el Ministerio Ferry, forjado por él á su imagen y semejanza, por él inspirado, y por él dirigido.

Las declaraciones hechas por el diplomático Barón de Billing ante el populacho de Montmartre y Belleville contra el Ministerio Ferry por encargo privado de Gambetta, son escandalosas de cualquier modo que se miren. Es una traición de Gambetta, dirigida contra el Ministerio; es la degradación voluntaria y servil de un diplomático, y es la acusación más ignominiosa que ha podido lanzarse sobre un Gobierno. La situación de Francia puede resumirse en estas palabras: «La revolución extrema triunfa, el Ministerio Ferry está deshonorado y muerto, Gambetta despopularizado y aborrecido, casi condenado á muerte, y tiembla ante la idea de ser Gobierno, y no tiene más remedio que serlo.

Va á subir al poder con la planta vacilante del reo que sube la escalera del patíbulo.

* * *

Italia continúa ofreciéndonos el mismo espectáculo: nuevos atropellos de la canalla contra el Vaticano, nuevas pretensiones de alianza con Austria y Alemania por parte del Quirinal. A estas horas se habrá verificado la entrevista del Rey Humberto con el Emperador de Austria, y esta conferencia, solicitada por el hijo de Víctor Manuel, es objeto de cálculos y suposiciones entre la gente política. ¿Qué pretende el Rey de Italia del poder del Emperador de Austria? ¿Qué solicita en las antesalas de la cancillería austriaca? Probablemente auxilio, apoyo, amparo contra Francia. ¿Y cuáles son sus títulos para obtenerlo? Ante todo habrá de renunciar á sus propósitos acerca de la *Italia irredenta*, para lo que tendría que romper con la revolución, á la cual le debe las dos terceras partes de la corona que lleva en la cabeza. ¿Busca protección contra esa misma demagogia que lo anula? ¿Tan extremo es el peligro que corre el trono que ocupa, que necesita el auxilio de Austria?

Pronto nos descubrirá el telégrafo los misterios de esa entrevista, y es muy posible que todo ello no sea más que el parto de los montes; para algo, no obstante, lo envía el gobierno italiano á la corte de Viena; porque estos reyes liberales son como los papagayos, no dicen más que las palabras que les dictan, ni van más que á donde los llevan.

* * *

Francia ante Túnez, Italia ante la demagogia, Sagasta ante Ruiz-Zorrilla, Inglaterra ante Irlanda. Así se barajan en este juego de acontecimientos las cosas grandes con las ridículas. Sir Gladstone no retrocede en el camino de la violencia emprendido contra Irlanda. En manos de liberales las resistencias son siempre funestas. Las prisiones continúan, la exacerbación de los ánimos crece, y de la oprimida Irlanda puede brotar la chispa que encienda en el populacho inglés, que es el populacho más abyecto de Europa, la mina del socialismo abierta bajo los pies de aquella sociedad aristocrática y mercantil á un mismo tiempo.

He ahí como la nación más millonaria de Europa se encuentra con una dificultad, dificultad inmensa suscitada ante todo y sobre todo por una cuestión de hambre.

JOSÉ SELGAS.

MISCELÁNEA.

Con más entusiasmo que nunca enviamos hoy nuestra cordialísima enhorabuena al insigne diputado católico D. Alejandro Pidal y Mon, quien por tan alta manera ha sabido defender en su último discurso del Congreso los principios católicos. Nos proponemos publicar íntegro en el número próximo el magnífico discurso del elocuentísimo orador.

De veras sentimos no disponer de espacio para reseñar cuán brillante fué la inauguración del «Círculo» de la *Unión Católica*, que se verificó el día de la mística Doctora Santa Teresa de Jesús. Presidió la sesión el venerable Primado de las Españas, á quien acompañaba el Rdo. Sr. Obispo de Cádiz. El numeroso auditorio que acudió al Círculo oyó con embeleso, y no exageramos al decir que con entusiasmo, una elegantísima Memoria escrita por D. Mariano Catalina, individuo de la Española; una poesía de corte clásico, llena de fuego y de envidiable inspiración que leyó, como solo él sabe hacerlo, su autor Don Manuel Cañete: un discurso nada pretencioso, pero sí muy discreto y elocuente del ilustre Conde de Orgaz, y otro verdaderamente notable del Sr. D. Vicente de la Fuente, quien habló de Santa Teresa como pocos pudieran haberlo hecho. Acto seguido escuchamos con profundo respeto la autorizada palabra del Emmo. Sr. Cardenal Moreno, quien declaró inauguradas las tareas del *Círculo*, y confirmó el nombramiento de profesores para los Estudios superiores hecho por la Junta directiva en las personas de los Señores Ortí Lara, Caminero, Menéndez Pelayo, Pérez Hernández, Fernández Guerra, Lafuente, Cañete, Carbonero, Galindo, Pidal, y Marqueses de Vadillo y Pidal. El Conde de Canga-Argüelles improvisó un brillante discurso, en el cual manifestó que la Unión Católica hacía suya la famosa protesta que formuló su Eminencia con ocasión de los recientes atentados de Roma, y entre aplausos y vivas al Papa-Rey, se leyó aquel memorable documento. Finalmente, el Sr. Obispo de Cádiz mostró el singular afecto que profesa á la *Unión Católica*. Dió muy prudentes consejos á los que militan en sus filas, de un modo especial á los periodistas, consejos que serán profundamente acatados y religiosamente cumplidos.

Al entrar en prensa nuestro número, nos disponemos á oír de nuevo, en el *Círculo* (hoy día 30) á los Sres. Cañete, Selgas, Fernández Guerra y Menéndez Pelayo. La velada de esta noche promete.

La ciudad de Tarragona, que siempre se distinguió por su entusiasta devoción al Sagrado Corazón de Jesús, celebró ha poco tiempo un certamen consagrado á propagar ese amoroso culto al Corazón del Hombre-Dios. Varios Señores Obispos, llenos de celo vehementísimo, ofrecieron diversos premios á los que acudieran á depositar las flores de su talento ante el trono del *Sumo Bien*.

El certamen se verificó y fué lucido, como era de esperar en esta tierra de España, donde toda idea verdaderamente grande y sublime ha de encontrarse en las fuentes cristalinas y abundosas de la piedad. A la vista tenemos un opúsculo que contiene varios de los trabajos premiados, los cuales nos parecen dignos en verdad del lauro obtenido. En el acto de la distribución de premios, que tuvo lugar el 26 del corriente año en la ciudad de Tarragona, pronunció un bellissimo discurso, enderezado á cantar las glorias del Divino Corazón de Jesús, nuestro muy querido amigo el reputado poeta D. Francisco Sánchez de Castro.

Un hermoso libro acabamos de recibir. Se intitula *Vida de Santa Teresa de Jesús*, por el Maestro Julián de Avila, primer capellán de la Santa, obra inédita, anotada y adicionada por D. Vicente de la Fuente.

Si el sabio catedrático de la Universidad, nuestro muy respetable amigo, no tuviese mostrado de antiguo que conoce como nadie las obras de la admirable doctora, y no se hubiese conquistado lugar preeminente entre los muchos comentadores que tiene la Santa, bastaría este nuevo libro para labrar su reputación de crítico sagaz y de erudito diligentísimo. Apresúrense nuestros lectores á comprar este libro, que pocas veces podrán dar á su dinero empleo tan hermoso.

También hemos recibido el *Examen teológico-crítico de la obra del Bæcno*. Sr. D. Cándido Nocedal, titulada *Vida de Jovellanos*, por D. Miguel Sánchez, Presbítero. Cuando dispongamos de más lugar y reposo, diremos algo sobre este último libro del eruditísimo escritor andaluz.

Nos complacemos sobremanera en felicitar á nuestro distinguido compañero D. Valentín Gómez, por el triunfo escénico que acaba de obtener con motivo de la primera representación de su última obra *Un alma de hielo*.

DEL TRADICIONALISMO EN ESPAÑA

EN EL SIGLO XVIII (1).

Cuando á principios del siglo actual, calmado el vértigo de la revolución francesa, empezaron á reaparecer, entre los escombros que esta hacinara, las ideas católicas y conservadoras, fortalecidas por la misma persecución sangrienta que acababan de padecer, presentóse en la nación vecina un escritor insigne, fervoroso cristiano y profundo filósofo que, poniéndose á la cabeza del movimiento restaurador que entonces se operaba en el seno de aquella sociedad por tan violentas convulsiones agitada, propúsose afirmar y reconstruir en el terreno de las ciencias morales, como Chateaubriand en el de las Bellas Artes, cuanto la audaz filosofía del siglo anterior había negado y destruído. Tal fué el vizconde de Bonald, antítesis de Juan Jacobo Rousseau. Comprendiendo que del problema sobre el *Origen de las ideas* penden todos los demás problemas filosóficos, y que estos, á su vez, según que se resuelvan acertada ó desacertadamente, encierran la vida ó la muerte moral de los individuos y de los pueblos, sentó Bonald, por base del edificio á cuya erección aspiraba, una *hasta cierto*

(1) Aunque este magnífico estudio acerca del *Tradicionalismo* vió hace años la luz publica en la *Revista de España*, no vacilamos en reimprimirlo, seguros de agradar al lector.

punto nueva y peregrina teoría acerca de los objetos y medios primarios del humano conocer. Mas, por aquello de *in vitium ducit culpæ fuga si caret arte*, queriendo arrancar de cuajo la cepa de la incredulidad, cayó en el exceso contrario al en que los enciclopedistas incurrieran. Si estos anulaban el *orden sobrenatural*, él vino á hacer otro tanto con el *orden natural*; si exaltaban más de lo justo el valor de la *razón*, él le desconoció por completo, estimándola potencia esencialmente desorganizadora; si de todo excluían la *revelación*, él la extendió á todo, la constituyó en fundamento de todo saber, proclamando la necesidad absoluta de la palabra para la existencia del pensamiento, y la absoluta necesidad de la enseñanza divina para la existencia del lenguaje. A sus ojos, la educación social, la *tradición*, era el conducto único por donde recibimos, envueltas en la palabra, no sólo las ideas suprasensibles, pero aun las nociones generales y abstractas, «porque el entendimiento, decía, mientras no oye la palabra, permanece vacío, desnudo, de suerte que no existe para sí mismo, ni para los demás».

De estos principios, desenvueltos por Bonald con aparato grande de erudición y lógica, proviene esa famosa secta filosófica de nuestros días, llamada *tradicionalismo*, que tanto ha influido, de medio siglo acá, sobre el espíritu de los pensadores católicos, particularmente en Francia y Bélgica, hasta el punto de ser, durante algún tiempo, considerada como la *Escuela católica* por antonomasia; escuela fecunda en escritores distinguidos, y que no obstante sus peligrosas exageraciones, más de una vez censuradas por la Iglesia, ha prestado indudables servicios á la Religión y á la ciencia, contrabalanceando el peso de exageraciones en sentido opuesto, abriendo nuevos senderos á la erudición, á la crítica y á la apologética cristiana, y dilucidando puntos graves y trascendentales de que antes de ella no se cuidaban, ó se cuidaban poco los filósofos.

Como de ordinario acontece en tales casos, esta escuela, de que fueron ó son todavía glorioso ornamento Lamennais, Riambourg, Bautain, Augusto Nicolás, Bonnetty, Luis Veillot, Gau-me, el P. Ventura de Ráulica y otros muchos, con el trascurso de los años ha ido experimentando bastantes modificaciones, sugeridas á sus defensores, ya por la propia meditación, ya por el estudio de doctrinas distintas, ya, en fin, por sus polémicas con racionalistas y semirracionalistas, en que se pusieron de manifiesto los no leves inconvenientes que las teorías de Bonald encerraban. De aquí el que los *tradicionalistas* se hayan subdividido en varias ramas, según el mayor ó menor alcance dado á su dogma común, la *necesidad de la palabra para pensar*, siendo ya muy contados los que acatan en un todo los dictámenes del ilustre filósofo de la Restauración. Unos refieren aquella necesidad al *pensamiento directo* únicamente, otros la hacen extensiva también al *reflejo*, y no faltan quienes sólo en orden á éste la defiendan, opinando que el hombre, privado de la palabra, no sería incapaz de *ideas*, pero sí inhábil para ejercer su reflexión y reiterar su juicio sobre las que anteriormente poseyese. Hay asimismo algunos tradicionalistas que, como Bonald, negando á la mente del hombre todo poder de formar conceptos generales é inteligibles, y concediéndole una mera capacidad para recibirlos del exterior, de donde el *exteriorismo*, reputan imposible la adquisición de cualquier género de ideas sin el intermedio de la palabra, ó dígase del magisterio social, prolongación del magisterio divino; en tanto que otros, y hoy son los más, combinando el *tradicionalismo* con el *escolasticismo*, lejos de mirar al alma como pasiva, le atribuyen la facultad innata de abstraer el *universal* del *particular sensible*, y sostienen con el P. Ventura, que la *tradición* sólo es indispensable para obtener las *ideas* de los objetos de quienes los sentidos no pueden transmitir *fantasma* alguna al espíritu.

Sucesivamente conocidas en España, á poco de publicarse, las obras de los más renombrados *tradicionalistas*, empezando por las de Bonald y Lamennais, y acabando por las de Augusto Nicolás, Gaume y el P. Ventura, y extraordinariamente propagadas las traducciones, casi todas malas, cuando no detestables, que de ellas se han hecho, natural era que influyesen un tanto en el carácter y dirección de nuestros modernos estudios filosóficos y teológicos, á pesar de la pobreza de estos y del prestigio que Balmes, renovando, aunque no sistemáticamente, las doctrinas escolásticas, alcanzó entre el Clero y demás personas que con cristiano intento los cultivan. Condensación magnífica de todas las fuerzas que el tradicionalismo había ido allegando en nuestro suelo, desde su introducción hasta los sacudimientos revolucionarios de 1848, fueron los últimos escritos del Marqués de Valdegamas, y especialmente el *Ensayo sobre el Catolicismo, el liberalismo y el socialismo*; libro donde las máximas de aquella escuela aparecen extremadas en el fondo y en la forma, y del cual bien puede asegurarse que no ha dejado huella ó la ha dejado muy somera en el campo de la filosofía española, pasando á guisa de meteoro más espléndido que fecundo, como si con él se hubiese agotado la virtud y eficacia de la *idea tradicionalista* entre nosotros. Tan cierto es esto, que los mismos que un tiempo le ponían sobre su cabeza, los mismos que aun hoy encarecen su mérito con mayor entusiasmo, son los primeros á tratar con desvío y tener por vitandas las opiniones *ideológicas* que Donoso profesaba. Si hubo momentos en que pareció que estas se habían apoderado por completo del ánimo de nuestros escritores religiosos, pronto las hemos visto retroceder ante el *escolasticismo*, que, nunca estirpado de los seminarios españoles, ahora retoña con bríos, merced á las doctas producciones del jesuita asturiano Cuevas, *suarista*, del P. Ceferino González, *tomista*, y de Orti y Lara, discípulo fiel de los sabios italianos Liberatore, Sanseve-

rino y Prisco. No se infiera de aquí que el *tradicionalismo* haya acabado ya en España; partidarios tiene, aunque escasos en número, valientes, que todavía, si no nos engañamos, han de trabar más de una batalla con los que en opuestos campos, dentro ó fuera del Catolicismo, militan. Actualmente dan pocas señales de vida; apenas se mueven; el ímpetu de las corrientes *escolásticas* los detiene; pero la influencia francesa, el ensanche de los estudios, la propagación del racionalismo, el movimiento y choque de las ideas, el concurso de los sucesos, la transformación moral, en suma, que España va recibiendo, más tarde ó más temprano, les harán salir á la palestra filosófica y desplegar francamente su bandera, que simboliza, sin duda, uno de los elementos integrantes de la vida psicológica de la humanidad, hoy con frecuencia negado ó desconocido.

Justamente, uno de los móviles que á escribir este artículo nos impulsan, es la firme seguridad en que estamos de que el *tradicionalismo* aun ha de tornar á adquirir importancia en nuestra patria, siendo su presente silencio y retraimiento, como el reflujó de las aguas, un estado variable y transitorio. Profundamente convencidos de que una buena parte de la grandeza de las naciones en la línea científica, depende de que su saber sea, en cuanto quepa, indígena y castizo, quisiéramos que todos los sistemas probables que se hiciesen lugar en la Península, encontraran en nuestro pasado, algo que, consonando con ellos, les prestase fisonomía española, sin perjuicio de la universalidad propia del pensamiento filosófico. Con esta mira patriótica, superior á todo interés de escuela, examinando el *tradicionalismo*, hemos tratado de inquirir si podríamos enlazarle á *precedentes* nacionales que en algún modo le relevasen del pecado de importación extranjera reciente, que á menudo suele echársele en cara.

Mas ¿cómo acariciar semejante propósito cuando el *tradicionalismo* es de ayer, cuando todavía no ha cumplido un siglo de

existencia? ¿Qué pudieron escribir nuestros mayores correspondiente á un sistema cuya aparición ha sido posterior á ellos? Ciertó, si de él se habla como escuela categóricamente definida, su origen no se remonta muy allá, y es fácil fijar la fecha de su nacimiento. Pero ningún sistema filosófico se ha elaborado de una vez; ninguno ha sido creación exclusiva de un solo hombre, aun del más original, solitario é inerudito; todos, antes de llegar á formularse de un modo explícito, existían ya, confusa, embriónariamente si se quiere, en la atmósfera del mundo científico, en las obras de los sabios anteriores á aquellos que lograron la fortuna de ponerles el sello de su genio, dándoles vida propia y distinta. De esta ley no se eximió el mismo Descartes, con todas sus pretensiones de rehacer la filosofía sobre el *cogito, ergo sum*, abstrayéndose enteramente de la sociedad y de la historia. Y ¿cabe en lo razonable pensar que á ella se sustrajese Bonald; que Bonald sacase el *tradicionalismo* de su cabeza únicamente, cuando la tendencia que á este responde es tan antigua como el mundo?

No era, pues, empeño absurdo el que acometíamos al ir en busca de gérmenes de *tradicionalismo* por la filosofía española de los siglos precedentes. El resultado de nuestras investigaciones prueba que tampoco era vano, á pesar de los estrechos límites á que el aislamiento en que vivimos nos ha hecho circunscribirlas. En cinco escritores peninsulares del siglo XVIII, por diversos títulos notables, hallamos conceptos y proposiciones evidentemente *tradicionalistas*, que, aunque sólo de atisbos é indicaciones sueltas los calificuemos, no por eso dejan de significar bastante en el desenvolvimiento histórico de la ciencia patria, como señales de sesgo que entonces tomaban los estudios metafísicos, ya que no como preludios ó elementos generadores de una de las más trascendentales evoluciones de la moderna filosofía cristiana.

Con una elegante prefacción del docto filósofo é historiador D. Juan Bautista Muñoz, reimprimióse en Valencia, año de 1769,

el tratado *De ré logica*, que para uso de la juventud lusitana compusiera LUIS ANTONIO VERNEI, Arcediano de Évora, ó sea el *Barbardiño*, que tanto ruido hizo con su *Verdadeiro método de estudar para ser útil à Republica é à Igreja*. Dos capítulos de dicho libro consagra VERNEI á propugnar la opinión de que «à sensibus primævas ideas ducere originem», y á combatir las doctrinas opuestas, particularmente las de las *ideas innatas*. He aquí, libre, pero fielmente traducido, uno de los principales argumentos que contra estas alega, el cual, como se ve, incluye las dos más fuertes pruebas de hecho en que los *tradicionalistas* se fundan. «Los defensores de las *ideas innatas*, dice, si quieren atraernos á su partido, necesitan demostrar con razones incontestables que los hombres no han recibido de sus mayores noticia alguna de tales ideas, y que tampoco han podido formarlas reflexionando sobre aquellas que, mediante los sentidos, adquirieron. Pero esto se halla en abierta contradicción con la común experiencia; pues siendo cierto que los niños desde los albores de la infancia oyen continuamente á las personas de su familia, de quienes reciben las ideas abstractas, y que más tarde ilustran su entendimiento los libros y los preceptores, imponiéndoles infinidad de ideas, no cabe poner en duda que de esas fuentes se deriva cuanto con el tiempo llegan á saber. Un ejemplo lo evidenciará: Figurémonos un hombre que, habiendo vivido siempre entre músicos, cante sabiamente acompañado de la lira, ó toque con destreza la zampoña, la flauta, la cítara ú otro instrumento cualquiera. Si le preguntásemos quién le ha enseñado semejante habilidad, y nos respondiese que nadie, sino que es músico por naturaleza, ¿quién le creería? ¿Quién no le calificaría de demente?.....

.....

»Pues lo mismo decimos del niño. No cesando éste, desde que nace, de oír á otros, que le inculcan las ideas de las cosas, ¿procederíamos racionalmente si juzgásemos que las tiene de su pro

«pio fondo, no en virtud de la enseñanza ajena? La experiencia viene en apoyo de esta observación, pues se ha visto que algunos hombres criados entre las fieras ó sordo-mudos de nacimiento, si por casualidad aprendieron á hablar con los demás, no sólo no daban la menor señal de poseer aquellas ideas, sino que en su modo de entenderlas parecían infantes recién nacidos» (1).

Hacia el año de 1771, fecha que no consta en la portada, pero que hallamos manuscrita en el ejemplar que poseemos, salió á luz, con dedicatoria al Conde de Aranda y un extenso prólogo en que se refieren y desvanecen las objeciones que le opuso el escolasticismo, aun antes de que fuera impresa, la *Theodicea ó la Religión natural, defendida contra sus enemigos los antiguos y nuevos Philosophos, con demostraciones Metaphysicas que ofrece el Systema Mechánico, dispuestas con metodo geometrico. Su autor D. LUIS JOSEPH PEREYRA, Doctor en Philosophia y Medicina, Academico con ejercicio de la Real Academia Medica Matritense, y de número de la Portopolitana*. Esta última circunstancia, el apellido de PEREYRA, y la confesión de que nuestra lengua le era «tan extraña como apreciable», nos inducen á conjeturar que el tal médico-filósofo había venido de Portugal, y acaso fuese el mismo cuya pericia en el arte admirable inventado por Fr. Pedro Ponce de León, y primeramente escrito por el aragonés Juan Pablo Bonet, celebra el P. Feijóo en alguna de sus *Cartas eruditās*. La estructura literaria del libro se asemeja bastante á la de los de Spinosa y Wolfio. Por medio de una serie de *proposiciones*,

(1) *Liber secundus, cap. IV*, páginas 51, 52 y 53.—En confirmación de lo último trae VERNEI en una nota, juntamente con otro caso idéntico al que veremos en HERVAS Y PANDURO, el de un mozo de la Lituania, hallado entre los osos, falto de la palabra, el cual, «trascorrido mucho tiempo, empezó á pronunciar algunas y á entender lo que se le decía. Interrogado acerca de la vida silvestre, no supo dar razón de ella, más que nosotros de las cosas que hemos pensado cuando niños».

demostraciones y corolarios, perfectamente encadenados unos con otros, partiendo de la verdad de que *el cuerpo humano no es obra del acaso*, nos lleva progresivamente á reconocer la existencia de Dios y sus atributos, la limitación de los seres, la naturaleza efectiva del hombre, y, por último, los principios fundamentales del Derecho y de la Sociedad, refutando de paso los errores del Panteísmo y del Materialismo. Visto este propósito, fácilmente se comprende que no podía menos de propender al *tradicionalismo*, quien, como PEREYRA, afirma rotundamente que «nuestras primeras ideas traen su origen de los sentidos», que «todas las ideas que adquirimos las recibimos por la vía de las sensaciones». Y en efecto, tendencias marcadamente *tradicionalistas* revela en el fragmento que á continuación trascribimos:

«La necesidad de la Sociedad está tan fundada y radicada en el mecanismo del Hombre, que los Materialistas únicamente pueden fingir que lo ignoran, pues están clamando á su favor la misma composición del Hombre, la abundancia y situación de los músculos de la larynge, pharynge, labios y lengua del Hombre, capaz de resolverse y modificarse con diferentes acentos, no solo expresivos de los afectos, sino tambien de las ideas, que no se hallan en los Brutos: y aunque algunos Brutos tengan órganos casi semejantes con la flexibilidad propia para los gestos, como no tienen señales de convencion ó institucion, por que carecen de ideas que puedan combinar, por eso no pueden formar un idioma, segun se ve en los niños, y en aquellos Pueblos, que no conocen los caracteres de la Arithmetica, que hacen cortísimas suputaciones, porque los caracteres, aunque de pura institucion, sirven para fijar y ligar las ideas; y sin ellos el Alma solo tiene una fuerza pasiva; estas señales de institucion solo pueden venir de la Sociedad; el temor mismo de la muerte en una tempestad, en un precipicio, á la presencia de una víbora, ó de una bala, es una idea debida á la Sociedad, y que no tiene

»un niño hasta que se la inspiran. La lengua primera de los niños es la de la acción, ó de los gestos, que es común á los brutos; esta es la única que viene de la naturaleza, no de la Sociedad;.....
 ».....
 »..... Una lengua viva y perfecta, y todas las lenguas originales, solo pueden saberse perfectamente, y hablarse mediante la Sociedad, ó por inspiración. Todas estas ideas..... vienen de la Sociedad».

GUMERSINDO LAVERDE RUIZ.

(Se concluirá.)

LOS PARÁSITOS.

ESCENAS DE LA VIDA PRÁCTICA.

(Continuacion.)

CAPITULO XIX.

LA CONSPIRACION DEL SEÑOR ROMUALDO.

Si el Conde de Cavia en vez de acudir con filial cariño adonde le llamaba su corazón, más cuidadoso de auxiliar y consolar á su padre, que de apoderarse del misterio de aquella entrevista secreta que tanta influencia había de ejercer sobre su porvenir, se hubiera puesto en seguimiento del incógnito personaje con que se celebraba, ciertamente se hubiera sorprendido al verle encaminarse, no bien salido del palacio de los Veruelas, con paso seguro y como quien conoce el camino, por el más corto que desde el barrio aristocrático de Duradon conducía al apartado y á aquellas horas desamparado Barrio de San Lorenzo.

Pero mayor que la del Conde hubiera sido la sorpresa de cualquiera de los habituales concurrentes al conocido y ahumado cafetin de la calle de Jardines de Madrid al reconocer en el viajero que con tal seguridad y aplomo paseaba por las intrincadas y oscuras callejuelas de un pueblo de provincia, al mismo habilísimo y popular contertulio con quien en uno de los primeros capítulos de esta historia les hemos visto departir amigablemente, y á quien dos de sus compañeros despues de seguir sus pasos con

maquiavélica perfidia sorprendieron ó creyeron sorprender en los oscuros manejos de un agente secreto de policía.

Simon, ó el que así se llamaba (pues no es de creer que hombre tan misterioso tuviera para todos el mismo nombre), tomó, como decimos, por calles escusadas el camino más recto que podía tomarse para salir del arrabal en que tenía su asiento, en compañía de otros venerables solares, el antiguo solar de los Marqueses de Navaleno. Atravesó la ciudad que con relación á dicho barrio pudiéramos llamar nueva, y de la cual, más que del resto de la ciudad, era la plaza centro y ornamento principal, y solo al pasar por delante de los soportales en que se levantaba la casa de los Burguillos acertó el más que rápido sostenido paso que hasta entonces habia traído.

Un momento, nada más que un momento, se detuvo á la puerta, cerrada á aquellas horas, del humilde y antiguo almacén, y una sonrisa indefinible, pero en la que brillaba cierta simpatía y ternura, iluminó en aquel instante su tosca y vulgar fisonomía.

Pero esto solo duró un momento: de la plaza salió á una calleja más oscura y tortuosa que las que hasta entonces habia recorrido; de esta tomó por la calle mayor en dirección al río, atravesó éste por uno de sus puentes, y después de andar un rato por el camino Real de Madrid, que enfilaba con el susodicho puente, torció á mano derecha, penetrando por una estrecha senda en la parte alta de la Rivera de Curtidores, ó sea en la calle á que daban las fachadas principales de las Tenerías; precisamente á la parte opuesta á donde llegó una tarde de vuelta de paseo nuestro amigo Juan Antonio, celebrando con la Señora Lorenza y la hermosa Eulalia la conferencia amoroso-electoral que decidió de su elección.

Pero el porte del comensal incógnito del Café de Jardines no era el de un enamorado, ni la buena fama y nombre de las dueñas de la fábrica consentían ni aún la sospecha de amórosos trasnochadores y clandestinos.

Lo cual no obsta para que el prudente Simon, seguro sin duda de ser esperado, se detuviera en el dintel de una reja baja de la propia casa del Sr. Romualdo, no lejos de un postigo que de una ancha corraliza donde habitualmente cargaban y descargaban los carros de la fábrica abría directamente á la calle.

A la luz vacilante de un farolillo que la descuidada mano de la administracion municipal no habia apagado todavía, ó que acaso tenía la prudente costumbre de apagarse á sí mismo á determinadas horas, sacó el reloj Simon exclamando en voz baja:

—Llego á la hora en punto: veremos si me hacen esperar.

Pero sus temores fueron infundados, porque coincidiendo con su exclamacion, se oyó á lo lejos un sereno que cantaba la hora, y en la calleja oscura el chirrido de una ventana que giraba sobre sus goznes, asomándose por el ventanillo una cabeza no femenina sino muy acentuada y varonil, la propia cabeza del amo de la casa, que reconociendo sin duda al recién llegado, ó recibiendo de él en voz baja alguna contraseña, desapareció en seguida de la ventana volviendo al poco rato á aparecer por el postigo del corral por el que, abierto y cerrado sin ruido, se entró el viajero al interior de la Tenería.

—¿Estaremos aquí seguros?—fué la primer palabra que pronunció Simon, apenas el Señor Romualdo le introdujo en una especie de tinado ó almacén que formaba una de las alas del corral en ángulo recto con la habitacion del dueño de la fábrica.

—¿Cuando no hemos estado seguros en mi casa?—respondió este con el seguro acento del hombre para quien su casa es una fortaleza custodiada más que por recursos materiales de estrategia, por el amor y fidelidad de su familia y allegados—habla sin cuidado, —añadió,—que no será la vez primera que este perro viejo te ha recibido á estas horas, ni le has confiado secretos que nunca ha vendido.

—¡Bueno!—replicó Simon dando á su interlocutor en el hombro una cariñosa palmada; es que la cosa ha adelantado mucho en pocos años, y la policía no es hoy tan bonachona como allá en tus tiempos y en los míos en los que nos reíamos de ella en sus barbas.

—¡Bah! no seas tonto, la policía es una, y nosotros somos muchos. Que no nos falten los nuestros, y verás tu lo que ve el gobierno por mucho que mire.

—Como tú no te has pasado como yo dos años en presidio, y ocho emigrado, hablas muy á gusto y con gran cachaza de este condenado oficio de conspirador, del que á fuerza de años me voy cansando.

—Pues mira, Roque, te aseguro que yo me siento rejuvenecido así que vuelvo á ensayarle, y eso que te digo con franqueza que antes de decidirme á contestar á tu carta y á volverme á meter en estos trotes lo he pensado mucho.

—¡Claro está! la mujer y la hija....

—¡Calla hombre! que tú no conoces á las mujeres. La mia es de oro, y en vez de disuadirme me ha convencido.... ¡vale más pesetas! «Lo primero es lo primero» —me ha dicho.—«Anda, Romualdo, á donde te llaman, y si tu crees que ese es tu deber, ¡adelante! los hombres han nacido para Dios y para la patria, y las mujeres para animarlos y para.....» ¡Pobrecilla! y lloraba, sí, lloraba, pero era de entusiasmo y de.... te digo que como esa hay pocas.

—¡Más vale así!

—Y eso que..... vamos, esto no debiera yo decírtelo.

—Dimé lo que quieras, hombre, ya sabes que yo todo lo tomo á buena parte.

—No, pero esto podría ofenderte.

—Ofenderme, ¡qué niñería! me crees tan inocente que no adivine lo que tú no dices.

—¡Tú!

—Si hombre, si, supongo que tu mujer no me verá con buenos ojos; conoce mi historia, que no es por cierto edificante, y temerá que voy á pervertirte ó por lo menos á sacarte de tus costumbres—eso es muy natural.

—Pues mira, no, no es eso precisamente, y ya que tú te adelantas á sus sospechas, voy á hablarte con franqueza; la Lorenza no te quiere.

—Lo supongo.

—Pero no te quiere, porque no tiene confianza en ti.

—Tambien lo creo, nunca he inspirado confianza á ninguna Señora—exclamó Simon con cínica fatuidad insoportable en un hombre tan escasamente dotado de atractivos personales.

—¡Eh! no seas majadero—le interrumpió Romualdo;—buenas trazas tienes tu ya de conquistador, la Lorenza nunca ha temido á ningun hombre, lo que teme de ti, y por supuesto que sin motivo, porque yo te conozco á fondo, es que no juegues limpio.

—¡Acabáramos!—respondió Simon riendo con una risa que

en hombre menos oscuro y tortuoso hubiera parecido poco franca— ¡acabáramos! la Señora Lorenza me cree un Judas; tampoco me sorprende.

— ¡Vaya, no te enfades! Las mujeres no entienden de estas cosas. Yo te creo, y basta.

— ¡No, chico, francamente! yo ya te lo he dicho; la cosa no es puñalada de pícaro: luego no hay que llamarse á engaño: aún estamos á tiempo. ¿Tú eres el mismo, ó no?

— Soy lo que he sido siempre.

— Si tú no entras en el ajo, otros entrarán, ya sabes que nos sobra gente; pero yo estoy encargado de organizar esta provincia, y antes que con nadie he querido contar contigo.

— Y has hecho bien en contar. Despáchate, que se hace tarde, y al grano. Decías en tu carta que el P. Albizu....

— Ha llegado á Madrid en secreto; ha traído cartas de tu hermano.

— Hace ya seis meses que no recibo ninguna suya.

— No es extraño, porque no para en ninguna parte.

— Desde que llegó á Londres solo una vez me ha escrito.

— De Londres pasó á Alemania, y ahora está escondido en los alrededores de Pau: el día menos pensado tendrás noticias suyas.

— Bueno, pues hablemos.

— Hablemos.

.....

 Y hablaron.... hablaron de lo que todos los españoles han hablado alguna vez en su vida: de esa tenebrosa é inocente trama, siempre hábilmente urdida y constantemente deshilada, que se llama una conspiracion infalible.

SANTIAGO DE LINIERS.

(Se continuará.)